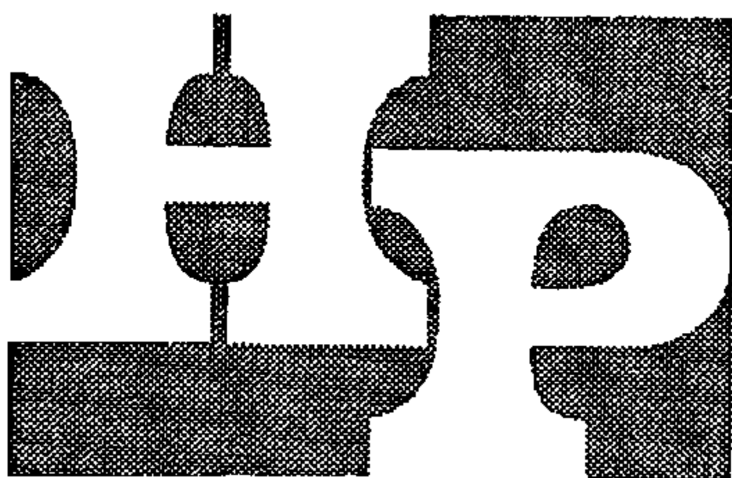
BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
Héroes de la
PRADERA

Silver Kane

HORA DE MORIR





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

HORA DE MORIR

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 69
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B 6083-1971

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: abril, 1971

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Capítulo primero

El hombre amartilló suavemente su revólver, con un movimiento casi imperceptible y lleno de delicadeza.

Pero en el silencio obsesionante del saloon, el «clic» del martillo pareció resonar con el estruendo de un cañonazo.

Los dos hombres que estaban frente a él advirtieron:

—No de un paso más, Larry. No de un solo paso más o mi amigo y yo le acribillaremos a balazos.

Hablaban los dos a la vez y ambos con el mismo nerviosismo, como si fueran hermanos siameses, aunque no se parecían en nada.

Larry musitó:

—¿Ahora resulta que sois amigos?

—Cuando se trata de defender a una mujer son amigos todos los hombres honrados —dijo el que había hablado antes.

—Yo creí —silabeó burlonamente Larry— que estabais enamorados los dos de la misma muchacha y que por eso no podíais tragaros el uno al otro. Resulta conmovedor veros a los dos juntitos aquí, y, además, diciendo que sois amigos. Un encanto, palabra.

—Los dos estamos enamorados de la misma mujer —dijo el otro —, pero los dos la queremos limpiamente. Hubiéramos sido capaces de matamos por ella, Larry, pero ahora vamos a matarle a usted si da un solo paso más en dirección a esa puerta. Porque usted no la quiere limpiamente, Larry. Usted sólo la quiere para ensuciarla con su baba.

Hubo una leve crispación en las facciones de Larry, pero ésta fue su única reacción ante el insulto.

—Muy bien. Entonces, ¿por qué no me matáis?

—Preferimos que se marche de la ciudad, Larry. No quisiéramos tener que derramar sangre.

—¿Sabéis cómo llamo yo a eso?

—¿Cómo lo llama, Larry? Sentimos curiosidad.

—Miedo.

Los dos hombres que estaban frente a Larry tuvieron una misma crispación. Movieron suavemente sus revólveres.

Era extraño aquel duelo.

Quietos en el centro del saloon, separados tan sólo por unos ocho pasos, los tres hombres —dos en un bando y uno en otro—, tenían ya los revólveres en las manos, pero no habían disparado aún.

Además, eran muy distintos.

Larry tendría unos cuarenta años y todo él era músculo, reciedumbre, brutalidad. Sin embargo, tenía al mismo tiempo los movimientos sinuosos de una pantera. Vestía elegantemente y llevaba un solo revólver, trabajado en marfil y plata. Muchos detalles en él indicaban que era, un hombre de posición. El dinero nunca puede esconderse del todo.

En cambio, los dos jóvenes que estaban frente a él no habrían cumplido los veinte años. Iban pobremente vestidos y sus revólveres no tenían el menor adorno.

Todos los clientes del saloon estaban pendientes del desarrollo del duelo.

Reinaba en el local un silencio de muerte.

—Estoy seguro —dijo Larry— de que la mayor parte de esos imbéciles que nos están mirando han apostado contra mí. Todos tenemos ya los revólveres en las manos, y para librarme de morir yo tengo que disparar dos balas certeras en el mismo tiempo que vosotros empleáis para disparar una. Pero aun así, estoy dispuesto a que corra la sangre. ¡Vamos! ¡Disparad!

Los dos jóvenes sudaban, a pesar de su ventaja. Hacían esfuerzos terribles para que no se notara el temblor de sus rodillas. Demasiado conocían la fama de Larry, el hombre que no había fallado un disparo jamás.

Pero había llegado el momento decisivo.

Si ellos fallaban, una muchacha quedaría en poder de las sucias manos de Larry.

Se notó demasiado el momento en que iban a disparar. Se notó por la tensión de sus músculos y la mirada fija de sus ojos. Larry

supo saltar a tiempo.

Cuando las dos balas rasgaron el aire, el pistolero no estaba ya en su sitio. Con una agilidad pasmosa se había desplazado a la izquierda, cayendo de rodillas. Y desde su nueva posición disparó a placer, con una velocidad increíble, agotando todas las balas de su cilindro.

Uno de los jóvenes recibió plomo bajo la mandíbula, y cayó hacia atrás sin darse cuenta de que moría, con la cabeza atravesada. Antes de caer había recibido dos impactos más en el pecho, y uno en el vientre. Esta especie de sadismo de Larry, «asegurando» bien a su víctima, fue una suerte para el otro, que sólo recibió dos balazos cerca del corazón.

Hechos un ovillo, los dos jóvenes cayeron.

Larry se puso en pie, y sus gruesos labios se distendieron en una sonrisa, contemplando los rostros petrificados de los testigos.

Recargó lentamente el revólver.

—¿Alguien más? —dijo, paseando en torno una mirada circular —. ¿Alguien quiere que continúe la juerga…?

Nadie contestó.

Sólo dos tipejos pequeños, que eran condueños de la empresa de Pompas Fúnebres, se atrevieron a moverse para sacar al exterior los cuerpos de los caídos.

Al ser derribados por el plomo, los dos jóvenes habían dejado al descubierto una puerta.

Habían intentado defenderla con sus vidas, pero ahora sus vidas ya no palpitaban sobre la tierra.

Larry avanzó hacia allí.

La abrió.

Y de pronto, una mujer que aguardaba detrás se lanzó a sus brazos, besándole apasionadamente.

—¡Cariño mío! ¡Creí que este momento no llegaría nunca! ¡Bésame! ¡Bésame cien veces!

Larry no la besó.

Sin que sus labios perdieran la sonrisa cuadrada que había adoptado después de los disparos, extrajo el revólver y dejó caer la culata sobre la cabeza de la mujer.

Ésta se desplomó en tierra, lanzando un gemido.

Su corto vestido dejó ver unas piernas bonitas y perfectas,

enfundadas en medias de malla negra. Sus cabellos rubios le cayeron en hermosos rizos sobre la frente.

Era una mujer que debía tener cerca de treinta y cinco años, y estaba en esa plenitud turbadora de la madurez, cuando todas las promesas se han convertido ya en firmes realidades.

Cualquier hombre que no fuese un santo habría sentido, al verla allí y en aquella postura, la necesidad casi irresistible de estrecharla en sus brazos, poniéndola en pie, y besarla en los labios.

Sin embargo, Larry se limitó a apartarla con su pie.

—¡No avances un paso! —gritó la mujer desde el suelo—. ¡Por Dios, no avances un paso!

—Eso mismo me han dicho dos hombres hace un momento —silabeó Larry—, y ya no volverán a decirlo más.

—Yo te ruego…

—¡Tú no tienes que rogarme nada!

Los ojos de Larry brillaban codiciosos. Su gruesa mandíbula inferior temblaba de excitación.

Pero no miraba a la mujer que yacía en el suelo. Miraba más allá, al fondo de la habitación, a la muchacha de dieciocho años que temblaba apoyada en una de las paredes.

—Ven, preciosa, ven aquí. Acércate a tu Larry.

Desde el suelo, la otra mujer gimió:

—¡Pero tú no puedes hacer eso, Larry! ¡Dijiste que estabas enamorado de mí! ¡Íbamos a casamos!

—Dije que estaba enamorado de ti cuando aún no había conocido a tu hija —masculló brutalmente el pistolero.

—Pero ¿es que no te das cuenta? ¡Eso va contra la conciencia y contra la dignidad de cualquier hombre! ¡Ninguna persona honrada haría una cosa así!

—Yo soy una persona honrada —dijo Larry—, pero también soy una persona de buen gusto.

Y lanzó una violenta carcajada, riendo lo que él creía un chiste.

De pronto, sus ojos llamearon.

Iris, la muchacha, intentaba huir saltando por una de las ventanas.

Larry dio un salto, la inmovilizó de un zarpazo y pronto la tuvo entre sus brazos, apretada a él, sintiendo con renovado placer los esfuerzos que hacía la muchacha por librarse. Por fin, cuando se

cansó de aquel juego, echó hacia atrás, a la fuerza, la cabeza de Iris, y la besó en la boca.

La muchacha gimió, mientras brotaban lágrimas de sus ojos, pero al fin fue inmovilizada por la ruda y terrible caricia de Larry.

Su madre, Nora, lloraba en un rincón, impotente, sin haberse podido levantar todavía del suelo.

—Por Dios, Larry, déjala —gimió—. Déjala…

Larry la soltó, pero no lo hizo por piedad, sino porque comprendió que la muchacha iba a desmayarse en sus brazos.

—Bueno —dijo, riendo—, no te asustes, muchacha. Esto ha sido sólo el principio. Cuando te cases conmigo lo ensayaremos mucho mejor.

—¡No me casaré nunca con usted! ¡Nunca!

Las facciones de Larry se endurecieron bruscamente, y dijo:

—Acabo de matar a dos hombres porque se han opuesto a mí voluntad, muchacha, y porque han asegurado que tú no llegarías a caer en mis brazos. No me importará matar a alguien más, incluso a tu madre, si ella se opone a mis designios.

—¡Usted no tocará a mí madre!

—De ti depende, muchacha, de ti depende —advirtió Larry, volviendo a su sonrisa cuadrada—. Si tú haces lo que te conviene y te portas como una señorita, a tu madre no le ocurrirá nada. Por el contrario, será una dama distinguida y podrá usar de mi fortuna. Porque yo voy a casarme contigo, nena. Soy un hombre honrado y serio, ya ves… En cambio, si sigues en esa actitud, puede que tu madre te de buenos consejos… desde el otro mundo.

Iris abrió la boca, a punto de gritar, y algo se le clavó en la garganta impidiéndole modular un sonido. Sus diez dedos arañaron ansiosamente la pared que tenía a su espalda.

—Ya lo sabes —dijo Larry.

Se daba cuenta del efecto que había producido su amenaza. Comprendió que después de aquello, Iris empezaría a estar madura.

Dirigió una mirada desdeñosa a Nora, aún caída en el suelo, y salió de la habitación.

Iris lanzó un gemido.

Corrió hacia su madre y cayó de rodillas junto a ella, abrazándola y besando sus cabellos.

—¡Dios mío! ¡Es capaz de hacerlo, mamá! ¡Es capaz de hacerlo!

¡Te matará si yo no cedo! Pero ¿cómo pudiste ser tan loca para admitir a tu lado a ese hombre?

Nora lloraba silenciosamente.

Si se la miraba, podía uno darse cuenta de que a los dieciocho años había sido tan bonita como su hija. Era todavía una hermosa mujer, capaz de enloquecer a cualquier hombre, pero su belleza resultaba pálida al lado de la de Iris, como un brillante que parece insuperable queda disminuido si se le coloca al lado otro más perfecto todavía.

Iris lloraba en silencio, como si le diera vergüenza manifestar su impotencia y su dolor.

—¿Cómo pudiste admitir a tu lado a un hombre de esa clase? —susurró después—. Di… ¿cómo no advertiste la clase de canalla que era?

Nora hundió la cabeza y permaneció en el suelo, sin fuerzas para ponerse en pie.

—Hace ya muchos años que soy viuda —añadió—, y una mujer no puede vivir sola en esta tierra.

—Pero pudimos irnos al Este… Pudimos ir a Nueva York, a Filadelfia… ¡a la misma Europa, si hacía falta! ¿Por qué hemos tenido que quedamos aquí, donde la vida de una mujer no vale nada?

—Porque ésta es la tierra de las oportunidades, a pesar de todo. Porque en el Este no hubiéramos conseguido nada, y yo ansiaba que tú llegaras a ser rica, Iris. En las ciudades del Este hay muchas mujeres, y una viuda con una hija poca atención puede merecer, En cambio aquí, las mujeres… a pesar de que no valemos nada… escaseamos mucho, y los hombres se pelean por nosotras. Pensé que continuando aquí podría hacer una buena boda y darte el porvenir que mereces. Porque yo sólo pensaba en ti, Iris. Mi vida me importaba ya poco. Y al principio creí que Larry iba a ser el hombre rico que se casaría conmigo y solucionaría tu destino.

—Pero debiste verlo… Ese hombre tiene… ¡tiene mirada de asesino! Y sus ojos… ¡sus ojos dan frío!

—Al principio tenía otra actitud, Iris… Parecía de veras enamorado de mí, y aunque a mí me daba escalofríos estar a su lado, pensaba que la boda podía convenirte. Larry es el hombre más rico que hay en Springville y hasta en toda la zona central de Utah.

Pero un día ocurrió una cosa que yo no esperaba, porque las madres jamás nos damos cuenta de que nuestras hijas han dejado ya de ser unas niñas. Un día los ojos de sapo de Larry Se posaron en ti de una forma especial. Debió pensar que si compraba a la madre, igualmente podía comprar a la hija, y a partir de entonces… ¡Oh, Dios, nunca hubiera llegado a imaginar una situación tan horrible! —La garganta de Nora pareció ir a romperse en un sollozo—. Ya que no podía librarme de Larry, porque me prohibió salir de Springville y sus pistoleros me hubieran matado, intenté por todos los medios hacer resucitar el amor que al principio dijo sentir por mí. Me daba asco, pero… ¡tenía que hacer que te olvidase! Hoy me he dado cuenta de que todo es inútil, Iris…

Las lágrimas corrían por las mejillas de la muchacha. Ayudó a levantarse a su madre.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —sollozó—. ¿Qué vamos a hacer?

—Sólo Conan podría salvamos —dijo sordamente la madre.

—¿Conan? ¿Quién es Conan?

—¡Dios mío! ¡Si viniera! —dijo Nora, como aferrándose a su última esperanza—. ¡Si viniera!

CAPÍTULO II

—Jess Conan... ¿Cuál es su última voluntad?

El interpelado sonrió, mostrando dos filas regulares de dientes.

—¿Mi última voluntad? Volver a Utah.

—¿Utah? ¿Por qué? Es una tierra árida y seca...

—No sé... Estuve allí hace años. ¿No ha sentido usted nunca la tentación de volver a los sitios donde estuvo cuando aún tenía ilusiones?

El *sheriff* se miró pensativamente la estrella que le colgaba lacia en su lacio chaleco. Miró luego las manos del condenado, que éste tenía ya bien atadas a la espalda.

Los cinco hombres que estaban en la celda, junto al pasillo que llevaba al patíbulo, miraban también las manos atadas de Jess Conan.

No era agradable enviar a la horca a un tipo así.

Era alto, fuerte, todo músculo y nervio. Sus ojos azules tenían una mirada limpia, pero la línea que dibujaba su boca era recta, cruel y seca. No resultaba ya un niño, pues debía haber cumplido los treinta y seis años, a pesar de lo cual muchos hombres de veinticinco hubieran envidiado su vigor. Algunas hebras plateadas muy finas, se marcaban en sus sienes.

El *sheriff* gruñó:

—Bueno, Conan, vamos a hablar en serio... Está usted condenado por el atraco al Banco Rural de Westwood, donde hubo dos muertos entre los empleados. Es usted un perro rabioso, Conan, pero hasta ésos tienen derecho a que se respete su última voluntad. ¿Por qué no pide una cosa decente, por ejemplo, un trago de licor de marca? Eso de decir que le gustaría largarse a Utah cuando estamos a punto de llevarle a la horca, me parece una

mamarrachada.

Conan sonrió, mostrando otra vez sus filas regulares de dientes.

—Claro, *sheriff*, tiene usted razón.

—Entonces, pida algo que tenga sentido.

Conan miró a los cinco hombres que estaban en la celda.

—Pido lo siguiente: no quiero testigos en la ejecución, *sheriff*.

—¿Cómo?

—Hay testigos legales y hay testigos voluntarios. Yo no puedo impedir que los legales disfruten viéndome bailar al extremo de la soga, *sheriff*, pero sí quiero ahorrarme la presencia de los testigos voluntarios. Ellos no tienen ninguna necesidad de estar junto al patíbulo cuando me ahorquen; de modo que… ¡largo!

El de la estrella le miró con asombro.

—Oiga, Conan… Dos de los testigos son personas influyentes en la ciudad, y los otros son periodistas. Usted no puede negarse a…

—¿No ha dicho que mi última voluntad sería respetada, *sheriff*?

—Sí, pero…

—Pues mi última voluntad es ésa.

—¡No tiene sentido!

—Deseo que mi muerte sólo la vean los que están obligados por la ley a verla. ¿Le parece eso una estupidez?

El que durante el juicio había sido abogado defensor de Conan, se acercó al representante de la ley.

—Se trata de una situación nueva, pero legalmente tiene derecho a pedir eso, *sheriff*. No hay necesidad de que estén ante el patíbulo más que los testigos requeridos por la ley. La ejecución no es pública, de modo que el condenado tiene derecho a pedir eso.

El *sheriff*, con mirada perpleja, consultó al fiscal, que estaba también allí presente.

—Reconozco que nunca he oído pedir una cosa así, pero el condenado tiene razón, si ése es su último deseo.

Los que iban a ser testigos voluntarios, o sea, invitados, parte de los cuales aguardaban ya en el pasillo, no se atrevieron a protestar por temor a que se les considerase unos sanguinarios. A todos les hubiera gustado presenciar la ejecución de Conan, pero no se atrevieron a manifestarlo.

Ante el silencio que se había producido, el *sheriff* terminó encogiéndose de hombros.

—Está bien —dijo—. Por mí no hay inconveniente. ¿Está ya preparado el carro que ha de llevarse el cadáver al cementerio? No quiero motines aquí. Conan, a pesar de ser un granuja, tiene muchas simpatías entre la gente de la ciudad. ¿Todo listo?

Un tipo alto, vestido de negro, que aguardaba junto a la puerta que daba al patio, asintió con un movimiento de cabeza.

—Está bien. Entonces… ¡andando!

La fúnebre comitiva partió en dirección al patio donde se alzaba el patíbulo.

Cinco minutos después, la trampilla se había abierto y la fúnebre ceremonia había terminado.

Y un cuarto de hora más tarde, un carromato tapado, sosteniendo solamente un ataúd, en cuyo interior estaba el cuerpo de Conan, salió de la cárcel en dirección al cementerio de Westwood.

CAPÍTULO III

Larry se llenó hasta el borde un vaso del mejor *whisky* y lo bebió a lentos tragos ante la mirada envidiosa de sus hombres.

Todos habían llegado del rodeo hacía poco, después de varios días de marcar ganado. Estaban cubiertos de polvo y tenían sed.

Eran ocho.

Llevaban revólveres nuevos y bien engrasados, a pesar de que normalmente la tarea de reunir al ganado y marcarlo es una labor pacífica.

—Buen *whisky* gasta usted, jefe —dijo Barton, el capataz—. Nosotros no hemos bebido una cosa así en toda nuestra vida.

—Ahora podréis compraros una caja entera cada uno, si os place, y hacer que os lo sirvan las mejores bailarinas.

—¿Y cómo conseguiremos eso, jefe? ¿Es que el trabajo que nos va a encargar reportará mucho dinero?

—Mucho.

—¿Qué hay que hacer?

Todos los vaqueros habían apretado los labios y tenían los músculos tensos. Los ojos les brillaban de tanto poner atención.

Larry dijo:

—Hay que matar a una mujer.

Ni un solo músculo se movió en los rostros de aquellos hombres, a quienes, por lo visto, el encargo no repugnaba.

—¿Qué mujer? —preguntó Barton.

—Se trata de Nora.

—Nora es una mujer muy conocida en la ciudad. Hay hombres que están enamorados de ella y que podrían defenderla.

—Por eso os he encargado el asunto a vosotros. Sois ocho.

—¿Y qué hay que hacer? ¿Llenarla de plomo simplemente, sin

importamos que nos vean?

—Fingiréis un accidente.

—Ah, ya… A usted no le interesa enemistarse con el *sheriff*, ¿eh, jefe?

—No quiero enemistarme con nadie, a menos que sea absolutamente necesario. Pero vuestra misión no terminará matando a Nora. También tendréis que traerme a su hija.

Barton, el capataz, lanzó un silbido.

—¿Qué quiere hacer con ella, jefe?

—¿Tan difícil te resulta imaginarlo?

Los siete vaqueros lanzaron una carcajada. Barton, el octavo, terminó por imitarles.

—No tiene usted mal gusto, Larry —dijo—, pero es una lástima desaprovechar una mujer como Nora.

—¿No nos la podría dejar para nosotros? —preguntó Shelby, un vaquero grueso y moreno, de ojos viciosos.

—Nora estorba. Tiene que morir y, además, ha de parecer un accidente.

—¿Qué clase de accidente?

—Fingís estar borrachos y la arrolláis con vuestros caballos. Ella sale siempre a las once a hacer sus compras y atraviesa la calle por el mismo sitio. En el fondo, Nora es una mujer muy metódica… Podéis fingir un enfado y un tiroteo, persiguiéndoos unos a otros a lo largo de la calle. Si sois un poco hábiles, podéis arrollarla sin que nadie pueda jurar que ha sido premeditado. Vosotros habéis estado marcando las reses, y después de ese trabajo es casi de reglamento una buena borrachera.

—Pero abrirán una investigación…

—¡Claro que la abrirán! —masculló Larry—. Pero una cosa de puro trámite, unas hojas de papel que nadie se molestará en leer. No llegará ni a reunirse el jurado cuando los testigos que yo compre declaren lo que han visto.

Barton se pasó la lengua por los resecos labios.

—De acuerdo, jefe. ¿Y lo de la chica?

—Lo de la chica vendrá después. Cuando ella asista a los funerales, será el momento más indicado.

Ninguno de los vaqueros dijo que la broma era demasiado cruel: raptar a una pobre muchacha el día de los funerales de su propia

madre.

Y el que menos lo dijo fue Larry. Se sentía feliz y satisfecho por su idea. La experiencia le había demostrado que una mujer cede tanto más fácilmente cuanto más abatida está, cuando cree que ya no vale la pena luchar por nada.

Se levantó, abrió un armario y extrajo varias botellas de *whisky* de las mejores marcas.

—Tomad, muchachos. Esto hay que celebrarlo por anticipado.

No llegó a entregar las botellas. En aquel momento entró Harvey, un ayudante del *sheriff* a sueldo de Larry y que era quien le traía las noticias a éste.

—Oye, Larry. ¿Recuerdas a los dos fulanos jóvenes con los que te tiroteaste la otra noche?

—¿Cómo no voy a recordarlos?

—Sólo uno ha muerto. Al otro, que se llama Jim, pudieron extraerle las balas y quizá se salve. Tiene la vida pendiente de un hilo, pero…

—¿Y eso a mí qué me importa?

—Lo digo por si quieres rematar el trabajo. El *sheriff* estará fuera unos días y yo voy a convertirme en su sustituto. Tú nunca dejas nada por terminar…

—Me ocuparé de ese imbécil cuando vuelva a salir a la calle, pero ahora eso no importa. ¿Es todo lo que tenías que decirme?

—No. Hay algo más.

—¿Qué?

—Nora y su hija huyen de la ciudad. Las he visto hace unos minutos dirigirse a la estación y subir al tren en Salt Lake City.

Aquella noticia sí que no la esperaba Larry. Hizo un gesto de incredulidad y abrió unos ojos como platos.

—¿Qué dices?

—Que han decidido largarse, de eso no hay duda. Están locas, porque en Salt Lake City harás igualmente todo lo que quieras con ellas, pero por lo pronto han decidido poner tierra de por medio.

Larry extrajo de uno de los bolsillos de su chaleco un grueso reloj de oro labrado.

—¿Cuánto tiempo tardará en salir el tren de Salt Lake? —preguntó a Harvey.

—Quince minutos.

—¡Entonces hay que actuar inmediatamente! —gritó a sus vaqueros—. ¡Vamos! ¡Todos vosotros tomaréis pasaje en ese tren! ¡Ocuparéis un vagón para vosotros solos, incluso echando al resto de los pasajeros, si es preciso! ¡Harvey, como agente del *sheriff*, se preocupará de llevar a ese vagón a las dos mujeres! Y al pasar por mis tierras de Valle Rojo, a una hora de aquí… ¡descendéis con ellas, arrojándoos del tren en marcha! ¡Todo será más sencillo de lo que habíamos imaginado al principio! ¡Pronto!… ¡A moverse!

Todos los vaqueros se encasquetaron bien los sombreros, comprobaron maquinalmente la carga de sus cilindros y salieron de la casa, dirigiéndose a toda prisa a la pequeña estación.

Nora e Iris, desde la ventanilla de su departamento, los vieron subir, pero no reconocieron en ellos a los vaqueros de Larry.

Pensaron, como todo el mundo, que se trataba de hombres empleados hasta aquel momento en el rodeo, los cuales se trasladaban a Salt Lake City para ahogar sus fatigas en alcohol.

La presencia cerca de ellos de Harvey, el ayudante del *sheriff*, dio confianza a las dos mujeres.

Apenas habían terminado de subir los nueve hombres cuando el convoy arrancó lentamente.

CAPÍTULO IV

Las dos mujeres viajaban solas en un vagón de segunda. No sabían hasta qué punto ello iba a cambiar las cosas.

El tren acababa de arrancar, dejando atrás las últimas casas de la ciudad, cuando Harvey, el ayudante del *sheriff*, entró en el vagón. Al ver que éste se hallaba vacío, sus labios dibujaron una burlona sonrisa que las mujeres no advirtieron.

Se acercó a ellas e hizo ante Nora un ademán respetuoso, descubriéndose.

—¡Qué sorpresa verle aquí, ayudante! —dijo amablemente Nora.

—Yo soy el sorprendido. Las he visto al subir al tren e inmediatamente he pensado venir a saludarlas. ¿A qué van a Salt Lake City? ¿Tal vez de compras?

—Creo que vamos a estar allí una temporada —dijo Nora.

—¿Por qué? ¿Acaso no se encuentran a gusto en Springville?

Ahora intervino Iris:

—No se trata de eso. Es que mi madre cree que allí tal vez haya mejores oportunidades para una chica como yo.

—Oportunidades no le faltaban en nuestra ciudad —dijo Henry, burlonamente—. He oído decir… que Larry…

—No hablemos de eso, ¿quiere?

—Como les plazca.

En aquel momento, la puerta posterior del vagón se abrió y apareció Barton en ella. Hizo un disimulado signo a los que le seguían, al ver que el vagón estaba vacío y que tenían el campo libre.

Resultaría todo mucho más sencillo de lo que habían imaginado al principio.

Nora miró con desconfianza a los recién llegados, que se

sentaron en las inmediaciones, a pesar de estar el vagón libre. A la experta mujer no le pasó tampoco por alto la calidad de las armas de aquellos individuos.

Fue Barton el que empezó el ataque, puesto que faltaba media hora escasa para llegar a las tierras de Larry.

—Chicos, ¿habéis visto qué dos bombones? ¿Vamos a consentir que estén todo el viaje aburriéndose con el ayudante Harvey?

El aludido carraspeó.

—Caballeros, yo les ruego que…

—¡Usted se calla! ¿O quiere que le hagamos tragar la placa?

—¡Mientras estén en mi jurisdicción no les consentiré que ofendan a estas señoritas!

—¿Señoritas? —dijo Shim, burlonamente—. Aquí sólo hay una, que yo sepa. La otra es viuda, ¿no? Y una viuda en muy buen estado de conservación, cuerno.

—Como que sólo tiene treinta y cuatro años —dijo Barton—. ¿Qué mujer has visto tú que a los treinta y cuatro años no esté más bonita que nunca?

—Me gusta más la chica —gruñó Shim—. A pesar de ser tan joven, está más… Bueno, ¿cómo diría yo? ¡No le falta nada!

—Lo que me pregunto —susurró burlonamente otro de los vaqueros— es a qué edad debió ser madre Nora. Porque la mayor se llama Nora, ¿no? Según cómo se las mire, parecen hermanas.

—Fui madre a los dieciséis años —dijo Nora, altivamente—. Y les juro que mi marido valía más que ustedes ocho juntos.

—¡Oh, de eso no cabe ninguna duda! ¡Los resultados están a la vista!

El ayudante Harvey se levantó como si no pudiera aguantar ya más aquella serie de insultos.

—O se marchan de este vagón o…

—¿O qué? —preguntó Barton.

—¡Están todavía en mi jurisdicción! ¡Mientras no salgamos de los límites del condado puedo detenerles!

—¿Por qué no lo prueba?

El ayudante logró componer un estupendo gesto de enojo.

—¡Repito que o se largan o…!

—No se preocupe, ayudante… Nos iremos nosotras —dijo Nora, poniéndose en pie.

Y salieron del vagón por la parte delantera, seguidas por las miradas codiciosas de los nueve hombres. Pues ahora que no le veían, el mismo Harvey también se había olvidado de disimular.

—Las seguiremos —dijo en voz baja—. No podemos perder ya demasiado tiempo porque llegaremos enseguida al lugar señalado por Larry.

—Pero ¿y si en el otro vagón hay gente? Aquí lo teníamos todo muy bien. La gente puede complicar las cosas.

—No te preocupes —susurró Harvey—. Ahora lo tendremos todo mejor que nunca. Ese vagón delantero es el furgón de equipajes. Allí sólo hay un empleado, al que puedo enviar fuera con cualquier pretexto.

En efecto, el vagón al que pasaron Iris y Nora sin darse cuenta, era el furgón de equipajes.

Un furgón casi vacío, según pudieron ver enseguida.

A pesar de lo cual, las dos lanzaron un breve grito casi al mismo tiempo.

Porque en el furgón había seis o siete maletas.

Y un ataúd.

CAPÍTULO V

El empleado que estaba al cuidado del furgón de equipajes se echó la gorra sobre los ojos y se rascó la nuca.

Diantre… ¿Qué hacen ustedes aquí, señoritas? ¿Es que debo custodiarlas hasta Salt Lake City?

Nora tragó saliva con dificultad.

—Es que en nuestro vagón había unos individuos que nos molestaban. Por eso hemos pasado aquí, pero ignorábamos que era el furgón de equipajes. Además, ese ataúd…

El empleado lo miró como si se diera cuenta por primera vez de lo que tenía a su espalda.

—Ah, esa deliciosa cajita con un fiambre dentro… —dijo de modo indiferente—. Ni siquiera había pensado en ella. Los transportamos con frecuencia, eso sí, porque hay muchos que se mueren en un sitio y los familiares quieren que sean enterrados en otro. Por eso ya ni les hacemos caso, a pesar de que este ataúd no es como los otros.

—¿No es como los otros? —musitó Iris.

—No. Cada vez que salgo del furgón para ir a charlar un rato con los maquinistas, juraría que el ataúd se ha abierto y que su posición no es exactamente la misma. Pero yo ya no hago ni caso, ¿saben? Ocurre con frecuencia que los empleados que están solos en el furgón de equipajes sufren pesadillas, y yo no quiero terminar así.

Aquel ambiente daba miedo a las dos mujeres, pero a pesar de todo se sentían más seguras allí que en el vagón de pasajeros con los ocho hombres. El empleado tenía cara de buena persona, y en cuanto al ataúd… ¿qué daño pueden hacer los muertos?

Por eso decidieron continuar allí.

—¿Es que ese cadáver viene desde muy lejos? —preguntó Nora.

—¡Uf! Sí. Ha hecho dos transbordos. Viene desde Westwood, una población de Nevada. Se trata de un ahorcado al que a última hora no quisieron enterrar allí para evitar un motín popular.

—¿Un… ahorcado?

—Claro… ¿Qué tiene eso de extraño en una tierra como ésta? La cuerda siempre está funcionando y ya nadie le da importancia. Pero este caso es especial. Parece que el tipo al que colgaron tenía simpatías en Westwood, y la gente no vio la ejecución con agrado… Para evitar líos, el juez decidió a última hora que fuese enterrado bien lejos de la ciudad.

—¿Y adonde lo llevan?

—A Salt Lake City.

Ambas notaron que el empleado las miraba con extrañeza. Sin duda no acababa de comprender por qué estaban allí. Ésa fue la razón de que Iris se creyese en el deber de suplicar:

—Si pudiéramos quedamos aquí… Es que en el vagón contiguo hay unos hombres que…

Los hombres no tardaron en hacer acto de presencia.

Se abrió la puerta, y Barton apareció seguido de los otros. Todos tenían estereotipada en los labios una misma sonrisa burlona.

—¡Caramba! —dijo Barton—. Ésta sí que es una buena sorpresa. Nosotros creíamos que en este vagón sólo había equipajes…

—Nadie puede entrar aquí sin mi permiso —dijo el empleado, sin intimidarse ante el aspecto de los recién llegados.

—Y estos pimpollos, ¿ya lo tienen?

—Por supuesto.

—Pero no se las va a quedar usted las dos, abuelo —dijo Shim, burlonamente—. Se le indigestarían, ¿no?

—¡Oiga! No le consiento…

—¿Qué es lo que no consiente, abuelo?

Y acarició suavemente la culata de su revólver. Pero en aquel momento apareció Harvey.

—Menos mal —dijo el empleado al ver la placa—. Esto empezaba a ponerse feo, ayudante. ¿Quiere echar a esos tipos de aquí?

—Claro que lo haré —gruñó Harvey—. ¡No faltaba más! Pero antes márchese usted, amigo. Puede que aquí haya jaleo y no quiero

que usted se vea envuelto. Yo me encargaré de todo.

El empleado no era cobarde y sin duda hubiese defendido a aquellas dos mujeres, pero le pareció muy bien aceptar aquella salida digna que el ayudante le ofrecía.

—Muy bien… Me voy con los maquinistas, pero volveré dentro de quince minutos.

Se largó.

Una vez solos, los ocho vaqueros lanzaron al mismo tiempo una carcajada.

El ayudante Harvey hizo el gesto de lavarse las manos.

—Bueno, muchachos, tenéis quince minutos. Haced vuestro trabajo y luego ya me encargaré yo de dar una explicación legal al asunto.

Nora y su hija tuvieron una sacudida igual, como si ambas acabaran de recibir a un tiempo un mismo mazazo en la nuca.

—Pero… pero… usted también…

—Larry y yo somos muy buenos amigos —dijo Harvey, con un gesto de indiferencia—. Y a él le ha fastidiado que ustedes intentaran largarse, ¿saben? De modo que ahora estos simpáticos muchachos les explicarán lo que tienen que hacer.

Hizo un cínico saludo, llevándose la derecha al ala del sombrero, y salió del furgón.

Barton se frotó las manos.

—Bueno, amigos, pronto vamos a pasar por el borde mismo de un precipicio. Hay que arrojar a Nora por allí. Ni siquiera encontrarán su cadáver…

—Lástima —dijo Shim—. No me parece bien estropear así a una mujer tan bonita, sin aprovecharla antes. Por aquí abundan los buitres y la devorarán enseguida. Repito que es una lástima.

—Ya dejaremos que la lances tú del furgón —consintió Barton —. Y podrás entretenerte un poco.

Nora estaba lívida, pero no había miedo en sus ojos. Lo único que había era un desengaño y un desprecio inmensos. Parecía como si en aquel momento se estuviera dando cuenta de que el mundo no era más que un estercolero inmenso.

Por el contrario, en los ojos de Iris había pánico. No por ella, sino por su madre. Se daba cuenta de que Larry quería eliminarla porque ya era un estorbo para él. Y le horrorizó también pensar lo

que sería para ella el mundo sin la presencia de su madre.

El tren perdió velocidad. Remontaba una cuesta, la cual tenía a la izquierda un horrible despeñadero.

—Ha llegado el momento —dijo Barton—. Vamos allá, Shim. Pero hay que procurar que las chicas no griten.

Las manos de los vaqueros se dirigieron hacia sus víctimas. Todos se dieron cuenta de que éstas estaban tan asombradas que ni siquiera se acordarían de gritar.

Nora pensó que se hallaba viviendo los últimos instantes de su vida. Y su mirada ansiosa fue hacia Iris, su única hija, que quedaría sola en el mundo, sin otra compañía que la cuadrilla de granujas de Larry.

En sólo un instante, unos segundos, desfiló por su memoria un resumen de su vida entera.

Recordó su infancia miserable, y luego su amor desesperado hacia un solo hombre, un joven vagabundo que se llamaba Jess Conan. Recordó su boda por despecho con otro hombre, con Calbert, el padre de Iris. Y recordó también su viudedad y los años angustiosos que siguieron a ésta.

Pero recordó, sobre todo, a Conan.

«¡Si él estuviera aquí! —pensó angustiosamente, mientras las manos de los granujas se dirigían hacia ella—. ¡Si él estuviera aquí…!»

Pero era imposible. Los años y la inmensidad del Oeste se habían llevado, tal vez para siempre, a Conan.

Shim llegó a rozarla.

Le puso las manos en la cintura con un gesto ansioso. Sus dedos parecieron atravesar la tela.

Iris lanzó un grito.

Y en aquel momento, el grito quedó cortado de repente, porque creyó haberse vuelto loca. Por unos segundos pensó que estaba sufriendo una pesadilla.

¡Porque ella hubiera jurado que la tapa del ataúd se estaba moviendo!

Ninguno de los vaqueros lo vio, puesto que todos se hallaban obsesionados viendo retorcerse a Nora.

Iris gritó:

—¡Dios mío!

En aquel momento, Barton volvió la cabeza. Quedó con la boca tan abierta como si estuviera esperando que le arrancasen una muela.

Porque él también tenía la misma sensación de pesadilla que había acometido a Iris.

¡La tapa del ataúd se estaba alzando!

El mismo asombro le impidió acordarse de que tenía un revólver en la funda. Sólo se le ocurrió gritar:

—¡Eh, muchachos!

Todos se volvieron a un tiempo, asombrados, cuando el ataúd ya se había abierto del todo, viéndose claramente lo que existía en su interior.

Un hombre vestido con vulgares ropas de vaquero, de color oscuro, les sonreía desde el fondo de la siniestra caja.

Era un tipo que debía tener unos treinta y cinco años, pero todo en él era dureza y músculo. Tenía en aquel momento unos ojos implacables y crueles.

Su boca formaba una línea recta.

Nora apenas pudo balbucir:

—¡Conan!

Le parecía todo tan increíble, tan fantasmal, que las palabras no surgían de sus labios.

A los ocho pistoleros de Larry también les pareció increíble aquello en el primer momento, pero reaccionaron enseguida. Muerto o vivo, el fulano que acababa de salir del ataúd era un enemigo. Y ellos contaban con ocho revólveres dispuestos a vomitar plomo.

Fue Shim el primero que se movió.

Y también fue el primero en morir.

—¡Cuidado! —gritó, mientras sacaba su revólver.

El tipo que acababa de salir del ataúd tenía un «Derringer» en la mano derecha. Disparó sin vacilaciones y sin escrúpulos, no esperando a que su enemigo sacara el revólver del todo.

En aquellas circunstancias, no podía gastar cumplidos.

Shim recibió el impacto del pesado proyectil en mitad de la cabeza, y ésta se abrió en dos partes sin que el granuja sintiera nada. Más sufrieron sus amigos, al percibir el horroroso chasquido y ser salpicados por algunas gotas de sangre.

Pero seguían siendo siete.

Barton aulló:

—¡Todos a la vez! ¡Es un hombre solo!

El aullido murió en su garganta, al recibir un impacto que le partió el diafragma. Tuvo tiempo de disparar, pero la bala atravesó tontamente el techo del vagón.

Los seis hombres que quedaban tuvieron entonces un instante de pánico.

No pensaron que a Conan sólo podían quedarle cuatro balas, por lo cual le aguardaría una indefectible muerte si ellos continuaban luchando. Sólo pensaron que aquellas cuatro balas significaban cuatro hombres muertos, y ninguno quiso ser uno de ellos. Se lanzaron en tropel hacia la puerta, buscando salir del vagón.

Conan no perdió el tiempo.

Aunque sus enemigos dispararon, él ya se había arrojado al suelo, y las balas pasaron altas. En cambio, él no falló un solo proyectil, porque los fugitivos ofrecían un blanco magnífico. Seis hombres intentaban pasar la puerta, pero sólo dos lograron cruzarla.

Los otros atravesaron aullando una puerta mucho más importante: la de la eternidad.

Iris y Nora también habían tenido que arrojarse al suelo y gemían entrecortadamente. Pero Iris no gemía de miedo, sino de admiración. Porque jamás había visto a un hombre disparar con una puntería tan certera e implacable.

Los dos tipos que habían logrado escapar se tropezaron en el otro vagón con el ayudante Harvey.

Éste también tenía abierta una boca de medio palmo.

—¡Eh! —gritó—. Pero ¿qué ocurre?

Los dos vaqueros saltaron tras los asientos y se parapetaron de la mejor forma posible, encañonando la puerta que daba al estribo y al vagón de equipajes.

—¡Vendrá por ahí! ¡Cuidado!

—Pero ¿quién infiernos tiene que venir? ¿Puede saberse dónde están los otros?

—¡Muertos!

A Harvey se le movió tanto el corazón que pareció como si la placa le fuera a saltar del pecho.

—¡Pero si allí no había nadie! ¿De qué han muerto los fulanos esos? ¿De una pulmonía?

—¡Cállese y esté atento, Harvey, porque su vida también se juega ahora! El mismo diablo va a atravesar esa puerta.

Harvey, sudando de angustia, se parapetó.

Pero el hombre del ataúd no fue tan imbécil para aparecer por donde ellos le aguardaban.

Con sólo asomar la cabeza, los revólveres se la habrían volado en un instante.

Prefirió saltar al techo del vagón y descolgarse por una de las ventanillas. Por eso, cuando los tres granujas estaban más atentos aguardándole, oyeron una voz:

—¡Chist!

Los tres se volvieron al mismo tiempo, con los revólveres preparados. Conan les dio ventaja esta vez, permitiéndoles incluso que llegaran a enfilarle con sus puntos de mira.

Entonces su «Derringer» vomitó plomo con una rapidez fulminante. Seis balas saltaron en busca de tres cabezas.

Apenas unos segundos después, tres cuerpos ensangrentados se retorcían sobre el tapizado de los asientos del vagón de segunda.

Conan no entró en él.

Aprovechando la escasa velocidad del convoy, se lanzó por el lugar donde no existía pendiente. Unos instantes más tarde daba vueltas sobre el terreno pedregoso, mientras el tren se perdía de vista.

Capítulo VI

Salt Lake City era entonces una ciudad relativamente pacífica, pues en ella imperaban los mormones, los cuales eran gente trabajadora y ordenada, aunque en otros aspectos, por ejemplo el de la poligamia, resultaran poco recomendables.

El tren donde habían ocurrido los anteriores hechos llegó a su destino a las nueve de la noche, e inmediatamente el *sheriff* se presentó en la estación. Desde varias horas antes había sido advertido ya por telégrafo.

En la ciudad se produjo una verdadera conmoción, sobre todo porque se ignoraba lo realmente sucedido. En el tren viajaban nueve cadáveres, y ninguno de éstos podía contar nada. El encargado del furgón estaba con los maquinistas cuando todo sucedió. Sólo quedaban las dos mujeres, pero éstas, en el primer momento, se negaron a decir nada.

De todos modos, el *sheriff* las condujo a su oficina para someterlas a un interrogatorio.

—Las molestaré lo menos posible —dijo—, pero esto tiene que aclararse antes de que amanezca.

Esa frase fue pronunciada aproximadamente a las nueve y media de la noche.

Sobre las doce, un hombre que había comprado un caballo cerca de Valle Rojo, llegaba cansado y polvoriento a Salt Lake City.

Dio un rodeo por las afueras de la ciudad, para no ser observado ni tener que atravesar la calle principal, y siguiendo siempre por zonas oscuras, se coló de rondón en el patio de una casa pintada de blanco, donde sólo ardía un pequeño farol de petróleo.

Llamó quedamente a una puerta, tras dejar su caballo junto al abrevadero que había en el centro del patio.

Una voz metálica autorizó:

—Adelante.

El hombre sacudióse levemente el polvo de las ropas y ajustó mejor el «Derringer» que llevaba entre la camisa y el pantalón. En el bolsillo de la camisa había llevado antes balas, pero ahora no quedaba ninguna porque había tenido que gastarlas todas en el tren de Salt Lake City.

Empujó la puerta.

Tras ella había una habitación grande, pero sumida en penumbra, donde apenas se insinuaban los relieves de los muebles.

Se advertía que aquello era un despacho, a juzgar por la amplia mesa y los libros, pero también parecía la oficina de un *sheriff*, a juzgar por los rifles que llenaban toda una pared, colgados de ésta.

La voz metálica volvió a decir:

—Entre. Cierre la puerta.

Jess Conan obedeció.

Una mano enguantada elevó la llama del quinqué de petróleo, y la claridad se hizo más intensa. Fue entonces posible ver con detalle al hombre que se sentaba tras la mesa, un tipo delgado, amarillo, de boca cruel y ojos de verdugo. Llevaba las dos manos enguantadas y ambas estaban quietas, pero la izquierda mucho más que la derecha. Observando con detalle, se advertía que la inmovilidad de aquella mano izquierda era inquietante, era espantosa. Jess Conan clavó sus ojos en ella.

El tipo preguntó:

—¿Tanto le llama la atención?

—Es natural, ¿no?

—¿Sabe lo que hay debajo de este guante?

Conan tragó saliva.

—Sí —dijo—. Una mano fundida en metal.

—¿Por qué no dice más bien una garra?

Jess Conan guardó silencio. Sentía una extraña tensión en todo él, hasta hacerle daño los músculos de la espalda.

El hombre que estaba tras la mesa se quitó el guante izquierdo lentamente, con una cruel delectación, sin retirar sus ojos de los de Jess Conan. Jess tenía a veces ojos de asesino, como por ejemplo cuando se enfrentó con los pistoleros en el tren de Salt Lake City. Pero esos ojos parecían los de un niño al lado de los de aquel

hombre, que eran los de un auténtico verdugo que se deleita con el suplicio de sus víctimas.

Debajo del guante, apareció una mano de piezas de metal sincronizadas, una auténtica visión de pesadilla. Los dedos de metal terminaban en unas pimías siniestras que sustituían a las uñas. Ni en la peor de las alucinaciones se podía imaginar una mano así.

El hombre volvió a ponerse el guante lentamente.

Preguntó:

—¿Cómo sabía esto?

—No lo sé exactamente… Se rumoreaba en Nevada, en Utah y en el norte de California. Se decía que muchas de sus víctimas no habían muerto a balazos, sino con la garganta desgarrada. Hubo un pistolero, Zacarías Burton, que se volvió loco, pero nadie hizo caso de sus incoherencias ni de sus absurdas frases, que parecían inspiradas en una pesadilla. Ahora me doy cuenta de que Burton tenía razón.

El hombre que estaba tras la mesa sonrió. Su sonrisa tuvo todo el aspecto de una mueca.

—¿Vive Zacarías Burton? —preguntó.

—Murió sin recobrar la razón.

—Espero que usted tenga más suerte.

—En eso confío —dijo Conan.

—¿Ya conoce exactamente cuál es su trabajo?

—Me informaron bien.

El hombre abrió el cajón central de la mesa y extrajo dos cosas, que puso encima de la mesa, bajo el cono de luz del quinqué: una botella de *whisky* y un revólver cargado, que situó apuntando a Conan.

—¿Es eso necesario? —preguntó éste.

—Es sólo una advertencia. ¿Quiere beber?

—No voy a necesitarlo.

—He oído decir que ha matado a nueve hombres en el tren de Salt Lake City.

—Sí que corren las noticias aquí…

—Tengo fama de ser un hombre bien informado.

—¿Y qué tiene que decirme acerca de esos nueve muertos? —preguntó Jess Conan.

—Que lo han estropeado todo.

—Lo comprendo, pero no pude evitarlo.

El hombre que estaba tras la mesa bebió un largo trago de *whisky*, levantando la botella con la mano derecha.

—Iremos por partes —dijo lentamente, después del trago—. Usted es Jess Conan, y está condenado por ahorcar a los cuatro hombres que asesinaron a su padre. Los cuatro hombres habían sido condenados a penas de presidio por un jurado que usted consideró parcial. Después del veredicto, les ayudó a escapar y les ahorcó. El modo cómo pudo vencer a aquellos hombres armados —pues además les facilitó armas— siempre ha sido un misterio para los que nos dedicamos a administrar la muerte.

—No los ahorqué —dijo Conan.

—¿No?

—Fue más elegante retarlos a un duelo a los cuatro a la vez y matarlos de un balazo entre los ojos. Luego les ceñí una cuerda al cuello, como un símbolo, pero ya estaban muertos. Hubo quien creyó que los baleé después de colgarlos. Fue al contrario.

—Eso no cambiaba las cosas.

—No. Ya lo comprendo. Pero tampoco es cierto que los matara exclusivamente por haber asesinado a mí padre. Habían violado también a una de mis hermanas, y ese crimen no se vio ante el jurado. Ni siquiera lo tuvieron en cuenta. Pero yo prometí que tendrían plomo entre los ojos… y lo tuvieron.

—De todos modos, usted se convirtió legalmente en un asesino.

—¿Le sabe mal?

El hombre que estaba tras la mesa levantó su brazo izquierdo, y fue horrible ver alzarse un poco la garra, a pesar de que ya la llevaba enguantada.

—Yo he enviado al otro barrio a docenas de hombres —dijo—. No me asustan los cuatro pajaritos asados que usted tiene en su cuenta, hermano.

—Pero por culpa de esos cuatro pajaritos asados estoy aquí, ¿no?

—Exactamente —dijo el otro, mientras alzaba otra vez la botella de *whisky*—. Y aclarado esto, podemos continuar con nuestra explicación. Usted fue detenido, Conan, y hubiera ido a presidio para muchos años de no haber acaecido un atraco en el que murieron dos empleados y que dio a los asaltantes un producto de

medio millón de dólares. ¿Sigue sin beber?

—Sigo sin beber. Gracias.

—Usted se lo pierde, porque el *whisky* es bueno, y a lo mejor lamenta no haberlo probado cuando yo le destroce la garganta con mi garra izquierda. Pero sigamos, Conan… El gobernador de Nevada, dadas las circunstancias del caso, quiso ofrecerle una oportunidad.

—Sí. Me dio a elegir entre la tumba y la fosa. Todavía no sé por cuál de las dos decidirme.

—Usted conocía a los hombres que se llevaron medio millón de dólares, Jess Conan. Les conocía porque ellos habían ayudado a los que usted mató. Era quizá el único hombre que podía perseguirlos con éxito a través de todo el Oeste, siempre y cuando ellos se confiaran creyendo que nadie les había reconocido. Porque no había retratos de los asaltantes, sino unos nombres. Y usted era el único que conocía los rostros que correspondían a esos nombres. El único.

Conan hizo un gesto. No podía apartar la mirada de la mano izquierda enguantada, que reposaba sobre la mesa.

—Para que esos hombres creyeran que no había en el mundo quien pudiera seguir su pista, se le condenó a usted como si fuera el único autor del atraco al Banco Rural, Jess Conan, y oficialmente pareció quedar archivado el asunto. Pero la ejecución no fue más que una comedia. Me han dicho que como última voluntad pidió que se alejaran los testigos no oficiales, que eran los únicos que ignoraban la combinación. Buen truco. Estaba el *sheriff* en el asunto, ¿no?

—Claro que lo estaba. Y representó su papel bastante bien.

—Celebro que hayamos llegado a este punto. Ahora voy a hablarle de mí. Y voy a decirle, en primer lugar, que me llaman Garra Simmons.

—¿Quién le sacó el apodo? ¿Algún tipo con la garganta destrozada?

Garra Simmons no se inmutó.

—No hay que hacer tanto caso de mi mano izquierda. Cierto que he enviado al Más Allá a algunos hombres con el cuello roto, pero eso no tiene mucha importancia. Unos forajidos me cortaron la mano en vivo cuando yo no era más que un joven federal, y desde

entonces he tenido que ir así. Claro que pudieron hacerme una mano artificial decente, y no esta garra, pero es que yo la pedí así.

Jess Conan se estremeció imperceptiblemente.

—No le gusta, ¿eh? No le gusta que un tipo disfrute llevando una garra. Pero a mí me ha prestado muchos servicios, amigo. Aunque no tantos como mi revólver.

—Dicen que es usted el hombre más rápido que hay al oeste del Colorado River.

—¿Quiere probarlo?

Conan sonrió, picado por la curiosidad. Fue a sacar, a pesar de que su «Derringer» estaba descargado. Creyó que Garra empuñaría el de la mesa, pero no lo hizo. Casi sin moverse del asiento, pareció elevar la cadera derecha. El revólver pareció brotar de entre sus dedos, y Conan se vio encañonado. Aunque apenas hubo unas décimas de segundo de diferencia entre los dos movimientos, Conan se dio cuenta de que habría recibido el impacto antes de conseguir disparar. Y eso que la iniciativa había partido de él. Causaba escalofríos pensar lo que hubiera sido si la sorpresa llega a prepararla el otro.

—Cierto —dijo Conan—. No me molesta inclinarme ante un hombre más rápido que yo. Es usted el hombre más veloz que existe al oeste del Colorado River.

—A pesar de lo cual, usted ha matado a nueve hombres en el tren de Salt Lake City.

—Usted los hubiera matado en menos tiempo, ¿no?

—Espero que no le quepa ninguna duda.

Volvió a beber otro trago de *whisky*.

—Pero volvamos a nuestro asunto —dijo Garra Simmons—. Tiene que encontrar a los asesinos y será libre por todo Nevada y por todo Utah. Tendrá libertad para moverse por todo el Oeste si hace falta. Pero si hace algo que no sea perseguir a los asesinos o emplea su libertad para tratar de poner tierra de por medio, yo le mataré, Conan.

—Hay algo que quiero preguntarle, Garra Simmons. Si tan hábil es con el revólver, ¿por qué no los persigue usted? Yo puedo hacerle unos dibujos con las caras de esos tipos.

—Unos simples dibujos no sirven de nada en las inmensas distancias del Oeste. Uno puede confundirse, y yo he matado ya a

más de un hombre por equivocación, Conan… Además, si yo me pusiera en movimiento, esos hombres sabrían enseguida que voy tras sus huellas, porque sólo persigo a piezas de calidad. En cambio, usted pudo haberles sorprendido… caso de no haber llamado tanto la atención en el tren. Ahora ya sabe todo el mundo que en un ataúd ha habido algo demasiado extraño. ¡Yo que quería acercarle al sitio donde probablemente están esos asesinos sin que nadie se enterase! Pero lo ha estropeado todo, Conan.

—Nadie me ha visto la cara, excepto los muertos. Y no creo que a ellos se les ocurra hablar.

—Los muertos y dos mujeres.

—Ellas tampoco hablarán.

Garra bebió otro trago de *whisky*. Sus ojos, con la excitación, despedían extrañas chispas de crueldad.

—Espero por su bien que no hablen, Conan. Pero, por si acaso, le conviene desaparecer cuanto antes de la población. Sus hombres son cuatro y se sospecha que han seguido hacia el Norte. Es posible que ahora estén llegando a la ciudad de Logan, cerca de la frontera con Wyoming. No tiene tiempo que perder.

Jess Conan se puso en pie.

—¿Nada más?

—Sólo una cosa, Conan. Métase bien esto en la cabeza: si no hace lo que tiene que hacer, le mataré. Soy el hombre más rápido. Juro que le mataré.

Jess Conan volvió a estremecerse otra vez.

Sí. Sabía que Garra Simmons cumpliría su promesa, su trágico juramento.

No podía apartar sus ojos de la mano izquierda enguantada que reposaba sobre la mesa.

CAPÍTULO VII

Jess Conan sabía que nadie le conocía en Salt Lake City, y que nadie lograría identificarle como el hombre del ataúd. Podía, pues, estar relativamente tranquilo.

Pero se propuso no estar allí más de una noche, ya que al día siguiente partía una diligencia para Logan. Llegó a un hotel de mediana categoría cuando estaban sonando las dos.

El dueño le miró con expresión pensativa.

—¿Quiere habitación?

—Sí. Sólo por esta noche.

—Págueme dos dólares anticipados si no lleva equipaje.

Conan los pagó.

—Tengo un caballo ahí fuera. ¿Podría venderlo mañana a alguien que hubiese de cuidarlo bien?

—Si el caballo es bueno lo compraré yo mismo.

—Me ha traído aquí desde Valle Rojo… En fin, usted mismo lo verá; ahora debe darle cuadra y comida. Mañana también necesitaré comprar balas.

—¿Balas de qué clase?

—De «Derringer».

—En la misma casa de postas se las venderán, si es que piensa partir en la diligencia.

—Así es. Gracias.

El dueño le tendió una llave en cuyo metal se hallaba un número grabado.

Conan encontró fácilmente la habitación, que se hallaba en el primer piso, dando a la fachada posterior. Casi celebró aquello, porque el ambiente era mucho más tranquilo. Además, todas las habitaciones de aquel lado daban a un porche desde el que se veían

los campos iluminados por la lima.

Conan no tenía sueño. Parecían danzar ante sus ojos las expresiones de los nueve hombres a los que había tenido que matar, así como la mano izquierda de Garra Simmons. Lió un cigarrillo y lo encendió, fumando pensativamente.

No había hecho más que exhalar unas bocanadas cuando alguien susurró a su derecha:

—Jess…

Jess Conan apenas se volvió, porque no era necesario. Parecía haber transcurrido siglos desde que él oyó por última vez aquella voz. Entre este momento y aquel otro en que esa voz había desaparecido de su vida, parecían haber existido siglos de silencio.

—Jess…

El la miró.

Nora tenía una belleza más intensa, más madura. Se había hecho tan mujer, que sólo al verla el deseo saltaba ya a los ojos. Algo misterioso palpitaba en ella a la luz de la luna, y Jess Conan tuvo que hacer un esfuerzo para dejar de mirarla.

—No sabía que estuvieses aquí, Nora.

—Simple casualidad. Pero, por lo que veo, tenemos habitaciones vecinas.

El arrojó el cigarrillo a la oscuridad. Sentía los nervios a flor de piel, no sabía bien por qué.

—¿No te ha detenido el *sheriff*?

—Sí, pero hace poco ha tenido que soltarme.

—¿Has dicho algo?

—Ninguna de las dos hemos dicho nada.

Conan cerró un momento los ojos.

—¿Las dos? —susurró.

—Me acompaña mi hija.

—Tu hija… Es extraña esa palabra. Parece increíble que los años hayan pasado así, Nora.

—¿Qué edad tienes?

—Treinta y cinco años —suspiró Jess Conan—. Muchos, ¿verdad? Demasiados para un pistolero.

—Yo tengo treinta y cuatro. Demasiados para una viuda.

—Tú siempre serás una niña, Nora. Serás la niña que conocí y con la que jugaba en otro tiempo.

—Y a la que luego abandonaste, cuando más enamorada estaba de ti.

Jess Conan cerró los ojos otra vez, sólo un momento.

—Toda la vida —susurró— he sido un estúpido y un cobarde. Me daba miedo decir que amaba, porque el amor significa sacrificio, y mi único dios era la libertad. A veces pienso que sería hermoso volver a ser un niño, Nora.

—Yo también lo he pensado mil veces, pero no es posible. Ya tengo una hija.

—¿De qué edad?

—Diecinueve años.

—Toda una mujer… Le deseo que no tropiece con un hombre como yo, Nora, un hombre incapaz de amar… Más vale que no le hables de mí, ni le digas que un día nos conocimos.

—Sin embargo, te debe la vida, Jess.

—Dile que en aquel ataúd iba un desconocido.

—¿Sabes que por nuestra causa podrías morir? ¿Sabes que esas muertes no quedarán sin venganza?

Conan se encogió levemente de hombros.

—Nadie sabe exactamente que el responsable he sido yo. Y además, ¿qué importa? Mañana mismo salgo de Salt Lake City. Voy a tomar plaza en la diligencia de Logan.

—Nosotras nos quedaremos aquí.

—Mejor. Ojalá hubiera mil millas de distancia entre nosotros, Nora. Soy un tipo poco recomendable, en especial para tu hija.

—Sí, tal vez sea lo mejor —susurró ella, pensativamente—. Pero creo que antes de separamos debería darte las gracias, Jess.

—¿Por qué?

—No quites importancia a lo que has hecho por nosotras.

—Me he limitado a dar un mal ejemplo, ¿no? He demostrado a tu hija que en esta tierra hasta los muertos matan.

—Demasiado lo sabe ella.

—Pero será mejor que lo sepa sólo una vez.

—Jess… Es extraño… Me parece increíble que esté hablando aquí contigo, como si no hubiera transcurrido el tiempo, como si nada hubiera pasado entre los dos. Mi matrimonio por despecho, el nacimiento de mi hija, mis largos años de viudedad… ¡Dios mío! A veces todo eso me parece un sueño. —De pronto, pareció volver en

sí—. Pero a todo esto, aún no te he dado las gracias, Jess.

Se alzó sobre las puntas de los zapatos y le besó suavemente en la mejilla.

Fue un beso puro, como los que se daban cuando eran casi unos niños. Fue un beso que pareció llegar a ellos a través del tiempo, como si los años no hubieran existido para los dos.

Entonces se dio cuenta Jess Conan de que alguien les estaba mirando.

Una de las puertas que daban a la terraza se había abierto levemente, y por el leve hueco asomaba un rostro. De él, Conan sólo vio bien los labios, unos labios gruesos y túrgidos, y los ojos que llameaban.

No necesitó más para saber que aquel rostro pertenecía a la hija de Nora.

Los labios se movieron, los ojos brillaron un poco más cuando ellos dos se separaron.

Luego, sin un chasquido, la puerta se fue cerrando poco a poco, muy poco a poco, muy lentamente.

CAPÍTULO VIII

El joven estaba tendido en el lecho, respirando con dificultad, aunque hacía esfuerzos por mantenerse sonriente.

Aquel joven era Jim, uno de los dos que se batieron con Larry por causa de Iris y el único que milagrosamente continuaba con vida.

El médico le miró mientras limpiaba su instrumental, tras hacerle una de las curas.

—Es preciso —dijo, en voz baja—. Deben tomar una determinación.

—¿Qué clase de determinación, doctor? —preguntó el padre de Jim—. Usted ha dicho antes que había que sacarlo de aquí. ¿Se refiere a eso?

—Sí. Hay que llevar al herido a Salt Lake City.

—¿Para qué?

—Yo le he operado y todavía no termino de creer que esté fuera de peligro, pues jamás he visto una persona que se recuperara tan velozmente. Pero temo que las cosas se compliquen, y yo no soy más que el médico de una pequeña ciudad. Es preciso que en Salt Lake le vea el doctor Patterson.

—He oído hablar de él.

—Es uno de los mejores especialistas en heridas de bala que hay en el Oeste. Resucita a los muertos. Si él dice que su hijo está fuera de peligro, no tienen nada que temer.

El padre de Jim miró al herido.

—¿Tú qué dices, hijo?

—Padre, si pudiera marchar de aquí… yo me sentiría mucho más tranquilo.

—¿Es que no te cuidamos bien?

—No es eso. Simplemente ocurre… que es la primera vez que me dan bien con una bala… Y nunca hubiera creído que un ser humano pudiera sufrir dolores tan horribles. De ahora en adelante quiero estar muy lejos de Larry y de todo lo que signifique violencia… No volveré a empuñar un revólver nunca más.

El médico hizo un gesto de comprensión.

—Hay hombres valientes que lo son porque nunca han recibido un balazo —explicó—, pero luego, cuando se dan cuenta de los dolores espantosos que uno puede sufrir, reflexionan y se vuelven más prudentes. Creo que su hijo ha sufrido una saludable lección, señor. Hará bien en no tocar nunca más un revólver.

—Nunca volveré a pelear —susurró Jim, lentamente.

—En ese caso le convendrá el viaje a Salt Lake City —dijo su padre—. Allí estará más lejos de Larry y de toda esa carroña. ¿Cree que podrá resistir sin peligro el viaje, doctor?

—Estoy seguro.

—En tal caso partiremos esta misma tarde. Si mal no recuerdo, hay un tren ganadero a las seis.

—Tómenlo sin ningún miedo. La única precaución que deben tener es llevar al muchacho bien vendado, tal y como lo he dejado yo. Y ahora, adiós.

El médico hizo un saludo y salió de la casa.

Como necesitaba un trago, fue a un saloon cercano, precisamente aquél en que Jim había sido herido. No advirtió que un tipo que había estado aguardándole en la puerta marchaba sigilosamente tras sus pasos. Aquel tipo entró en el saloon tras él y se acodó a su lado, en la barra.

—¿Qué tal sigue Jim? —preguntó el barman al médico, mientras le servía una jarra de cerveza.

—Bien. Es casi milagroso el modo cómo se ha recuperado. A mí mismo me cuesta creerlo.

—De modo que sanará…

—Para estar más seguros de que no van a surgir complicaciones, he dicho que lo lleven a Salt Lake City para que lo examine el doctor Patterson. Saldrán esta misma tarde.

El tipo que estaba en la barra, acodado junto al médico, se despegó silenciosamente de su sitio y salió del local.

Fue directamente a la suntuosa residencia que Larry tenía en el

centro de la ciudad, y donde a veces reunía a los vaqueros de su rancho, situado en Valle Rojo.

El hombre pidió ver al jefe, y fue introducido enseguida donde Larry bebía incansablemente. El recién llegado se quitó el sombrero respetuosamente al entrar.

—¿Qué hay? —Gruñó Larry sin mirarle.

Sus ojos estaban turbios y debía hallarse al borde de la borrachera.

—He estado vigilando la casa de Jim, ese gusano, como usted me ordenó, jefe.

—¿Y qué?

—Sale esta tarde con su padre hacia Salt Lake City. Lo ha dicho el médico en un saloon.

El ceño de Larry se arrugó. De pronto, pareció un hombre mucho más viejo de lo que era.

—Esa gente tiene una cierta influencia… ¿Crees que en la ciudad intentarán mover algo contra mí?

—No lo sé, jefe. Pero es posible. Yo en esto me atengo a lo que decía mi padre, que era un hombre muy caritativo: el enemigo que menos molestias da es el que está en una tumba.

—Buen consejo. ¿Dónde se hallan Percy y Lambert?

—Supongo que divirtiéndose con alguna chica. Son su especialidad.

—Búscalos.

—¿Y qué haré cuando los encuentre, jefe?

—Los tres tomáis billete en el tren de esta tarde para Salt Lake. No intentéis nada durante el viaje, pues es un tren ganadero y podría resultar peligroso. Pero en cuanto Jim llegue a la ciudad, y antes de que tenga tiempo de hablar con nadie, le dais el pase. ¿Entendido?

—Entendido, jefe.

—Y a su padre también.

—Okey.

El tipo salió de la habitación.

No llevaría ni un par de minutos fuera cuando otro pistolero, éste con aspecto consternado, puso sus pies en la sala.

Larry lo miró burlonamente.

—¿Qué ocurre? ¿Se ha quedado viuda tu mujer?

—No vengo en son de broma, Larry.

—Ya imagino que no, imbécil. Vienes a decirme lo ocurrido con aquellas dos mujeres. ¿Qué tal hicieron el trabajo los chicos? ¿Está ya Iris en mi rancho?

—Jefe…

—¿Qué tienes que decir, idiota? ¿Es que algo ha salido mal? ¡Eran ocho hombres!

—Todo ha salido mal, Larry.

—¡Pero si eran ocho pistoleros y, además, Harvey les ayudaba! ¡No puedo creerlo!

El recién venido se acercó a la mesa y se sirvió una ración de *whisky*.

—Necesito un trago, Larry.

—Pero ¿qué ha ocurrido? ¡Habla de una maldita vez!

—Harvey y tus ocho hombres han muerto.

—¡No es posible!

La más absoluta incredulidad se manifestaba en el rostro de Larry, quien estaba blanco como un papel. En menos de cinco segundos se le había pasado por completo la borrachera.

—¿Es que el *sheriff* sabía algo y preparó una emboscada? —aulló —. ¡Si es así, haré que lamente haber nacido!

—No fue una emboscada, sino algo mucho más sencillo y mucho más extraño. Nuestros hombres se enfrentaron con un solo pistolero, un tipo que iba dentro de un ataúd.

—¿Queeeé…?

—No era un muerto, jefe, sino un vivo que disparaba con velocidad de vértigo. Uno de nuestros hombres, Joyce, pudo decir eso a un amigo antes de morir, y el amigo me ha hablado a mí. El tipo que había viajado dentro del ataúd disparaba con un «Derringer».

Larry se puso en pie, con los ojos inyectados en sangre, y zarandeó a su subordinado como un loco.

—¡Quiero el nombre de ese tipo! ¡Habla! ¡Quiero saber quién era ese hombre para arrancarle la piel!

—No lo sé, porque el moribundo no pudo decir el nombre. Pero el detalle del «Derringer» me parece significativo. Sólo hay un tipo por Nevada y Utah que use preferentemente esa clase de arma.

—¿Quién?

—Se llama Jess Conan.

—Jess Conan… —dijo Larry lentamente, como si digiriera el nombre antes de escupirlo—. ¿Dónde está ahora?

—En Salt Lake.

—¿Seguro?

—Para cerciorarme, me he acercado a la ciudad y he sabido que un tipo llamado Jess Conan se hospeda en un hotel. Precisamente el mismo donde están Nora y su hija.

—Muy bien… —Larry parecía masticar las palabras con rabia—. Entonces voy a hacerles el honor de ir yo mismo hasta allí… ¡y matarles a todos con mis propias manos!

Sus últimas palabras fueron un rugido. Seguía teniendo los ojos inyectados en sangre.

CAPÍTULO IX

Jess Conan apoyó ambas manos en la barra y vio su rostro reflejado en el cristal de la anaquelería. Estaba un poco pálido, y sus ojos, cosa extraña en él, reflejaban cansancio.

El barman se acercó a él.

—¿No se marcha todavía? —preguntó.

—No. Sírvame otra botella de *whisky*.

—Está bebiendo demasiado, forastero. Puede decirse que en los dos últimos días no ha hecho más que beber.

—¿Acaso tengo aspecto de borracho?

—No, pero me sabe mal que la gente se estropee. Y usted se está estropeando, amigo.

—Gracias por el consejo. De todos modos, sírvame la botella de *whisky*.

El barman se la puso ante los ojos, y Conan se sirvió un vaso. Bueno, para ser exactos hay que decir que no llegó a servírselo.

En aquel momento, en la parte vacía de la barra que había junto a él, se posaron dos manos enguantadas. Una de esas manos se movía, la otra no. Jess Conan las conocía tan bien que tuvo que disimular un involuntario estremecimiento.

—Llevo dos días observándole —dijo Garra Simmons—. Se los ha pasado casi enteros en este saloon.

Conan no le miraba, pero veía los ojos crueles del otro reflejados en el cristal de la anaquelería.

—¿Hay algo de particular en eso? —susurró.

—Sólo una cosa: Usted debió haber marchado de Salt Lake hace cuarenta y ocho horas. Debía encontrarse ya en la ciudad de Logan, persiguiendo a los pistoleros.

—No he podido hacerlo, Garra.

—¿Por qué?

—Porque creo que jamás he hecho una buena obra en toda mi vida.

—No le entiendo.

—Muy sencillo. Siempre he sido un pistolero y un vagabundo; nada más que eso. Nunca me he preocupado gran cosa por mis semejantes, sobre todo si esos semejantes eran mujeres. Pero ahora hay dos de ellas aquí, en Salt Lake City, que están en peligro de muerte.

—Sigo sin entender.

—Diga mejor que no quiere entenderme, Garra Simmons. En el tren tuve que matar a nueve hombres porque entre todos iban a asesinar a dos indefensas mujeres. Ahora ellas están aquí, y sé que las cosas no van a quedar como ya las dejé en el tren. Larry, el jefe de aquellos nueve hombres, enviará otros con la misión de matar. Quizá incluso se moleste en venir él mismo.

—¿Y se queda aquí para defender a dos mujeres?

—Eso es.

—Pero como sabe que eso le va a costar la vida trata de ahogar sus preocupaciones en alcohol, ¿no?

—Siempre es mejor olvidarse de que a uno le van a pegar un balazo, Garra Simmons.

El hombre que estaba junto a Conan levantó un poco su horrible garra izquierda, apenas disimulada por el guante.

—Un balazo es lo de menos. ¿No cree que también podrían abrirle la garganta, Conan?

—¿Y no cree que si nos desafiáramos yo podría ser más rápido?

Garra Simmons rió silenciosamente.

—Ni lo sueñe, hermano. Soy el hombre más rápido que hay en estos momentos en Utah. Puede que usted sea el que me sigue, pero nunca disparará antes que yo. Cuando yo decida matarle, le mataré, Conan.

Conan se mordió el labio inferior.

—De acuerdo; ya me demostró la otra noche que era el más rápido.

—Y la próxima vez que se lo demuestre será matándolo, Conan. Si esos forajidos llegan a huir por su culpa, si atraviesan la frontera del Canadá, yo le clavaré una bala en cada ojo, querido hermano

mío. Es la última advertencia que le hago.

Pasó su horrible mano izquierda por delante del rostro de Conan, a manera de saludo, y salió del local.

Conan dejó intacto su vaso de *whisky*.

—¿Va a dejar de beber por fin? —preguntó el barman.

—Sí. Tome, cóbrese el importe de la botella entera.

Depositó una moneda sobre la barra y, sin esperar el cambio, salió poco a poco del saloon.

Apenas había puesto los pies en el porche, bajo el gran anuncio del local, cuando tuvo una de las sorpresas más violentas de su vida.

El tipo estaba allí, mirándole con ojos desorbitados, medio oculto en la zona de penumbra del porche. Sus dos revólveres recién engrasados brillaban, pero mucho más brillaban sus pupilas.

Conan creyó estar viendo visiones.

¿Qué hacía aquel tipo allí, en lugar de estar con sus compañeros en Logan, tratando de cruzar la frontera? ¿Por qué se había quedado en Salt Lake si sabía que le estaban persiguiendo?

Jess Conan pensó al principio que aquello era una trampa.

Pero no; no lo era.

El hombre no se movió mientras él avanzaba. No intentó ni por un solo momento rozar sus revólveres.

Jess Conan se detuvo a unos cinco pasos.

—¿Qué infiernos haces aquí?

—Jess… Necesito hablarte.

—¿Tú eres realmente Yanko, sargento de Caballería durante la guerra civil? ¿No estoy soñando?

—No estás soñando, Jess.

—Supongo que sabes que se te acusa de ser uno de los que asaltaron el Banco Rural, en Westwood, y mataron a dos de los empleados llevándose medio millón de dólares.

—Así es. Y son muchos los que conocen mi nombre; pero sólo tú conoces mi rostro. Sólo tú sabes quién es realmente Yanko.

—No quiero engañarte. Debes saber que tengo por misión atraparos a ti y a tus compañeros.

—Lo suponía. Se decía que te habían ahorcado en Westwood, pero luego me hablaron de que en el tren de Salt Lake alguien había matado a nueve hombres con un «Derringer». Entonces pensé en ti.

Sólo hay un tipo que maneje así el «Derringer» al oeste de Colorado River.

—Pues acertaste, Yanko.

—Supe luego que estabas aquí.

—Sigues acertando.

—Necesito hablar contigo, Jess.

—Nunca me han gustado las cosas demasiado fáciles, Yanko. Tú eres un asesino, pero tienes derecho a defenderte. Yo he de capturarte y me repugnaría que te pusieras en mis manos sin más ni más. Yo sólo puedo matar a un hombre que haya luchado por su vida.

—No pienso entregarme, Jess. No es eso. Además, ¿qué conseguirías acabando conmigo? Lo que tú necesitas es saber quién lo planeó todo, quién es realmente el cerebro director de la banda.

—¿Es que tú vas a decírmelo, Yanko?

—Sí.

—¿Por qué?

—Ese hombre va a acabar conmigo porque quiere quedarse con el medio millón de dólares. Acabará con toda la banda. Y yo voy a darte su nombre para que lo elimines a él en primer lugar, Conan. Luego ven a por mí si eres capaz.

—No eres tonto, Yanko. Ahora te enfrentas con dos peligros: ese hombre y yo. Si logro eliminar a ese hombre, sólo te enfrentarás con un peligro.

—Tú tampoco eres tonto, Conan. Veo que entiendes las cosas.

—Dime el nombre de ese tipo.

Yanko iba a hablar, pero en aquel momento varios vaqueros se acercaron a ellos, haciendo sonar sus armónicas. Creyeron que los dos hombres estaban sosteniendo una conversación vulgar, y se situaron tan cerca que podían oír sus palabras. Yanko no soltó el nombre que ya tenía en los labios.

—Hay un granero abandonado ahí detrás —dijo, señalando la esquina con el mentón—. Ven dentro de cinco minutos.

Dirigió una mirada circular en torno suyo y se alejó rápidamente.

Conan dejó transcurrir cinco minutos, escuchando a los vaqueros mientras interpretaban una cancioncilla con sus armónicas. Luego fue en dirección al granero que le había señalado Yanko, y cuyo

emplazamiento ya conocía.

Entró en él.

El granero tenía las paredes desnudas y estaba completamente vacío. Sólo se oía en él el rumor furtivo de las ratas al deslizarse de un lado para otro. Conan puso instintivamente la mano derecha sobre la culata de su «Derringer».

Pero no fue necesario emplearlo.

Aunque Yanko estaba allí, ya no significaba peligro alguno, ni volvería a significarlo nunca.

Jess lo vio cuando sus ojos se acostumbraron mejor a la oscuridad. En el suelo, cara al aire, bañado en un inmenso charco de su propia sangre.

Pero no era eso lo peor ni lo que más llamó la atención de Conan, cuando éste pudo inclinarse sobre el cadáver y examinarlo atentamente en la semioscuridad del granero.

Porque lo peor y lo que más le llamó la atención fue que el cadáver de Yanko tuviese la garganta completamente destrozada, como si se la hubiese desgarrado la zarpa de una fiera.

CAPÍTULO X

Jess dirigió una rápida mirada circular en torno suyo. Seguía sin percibirse en el granero otro rumor que el paso furtivo de las ratas. No se divisaba a nadie en todo lo que la vista podía abarcar.

Jess Conan sintió un escalofrío.

A pesar de su serenidad, a pesar de que en su vida se habían cruzado docenas de muertos, le obsesionaban aquellos tajos horribles en la garganta desgarrada de Yanko.

Sus ojos se habían acostumbrado por completo a la oscuridad, y veía a través de ella como los gatos. Se convenció entonces de que en el granero no había nadie.

Comprendió que la situación podía ser muy comprometedora para él y salió a la calle, respirando con fruición el aire fresco. Una vez hubo llenado los pulmones de aire varias veces, extrajo su bolsa de tabaco y lió un cigarrillo, tratando de aparentar naturalidad.

No había hecho más que ponérselo en los labios cuando alguien dijo a su lado:

—¿Fuego?

A la luz de la llamita del fósforo, Conan vio el rostro del hombre que le estaba encendiendo el cigarrillo. Era el rostro de un hombre muy conocido en todo Utah y en todo el este de Nevada. El dueño del Banco Rural, cuyas oficinas habían sido asaltadas en Westwood.

Precisamente por ser un personaje tan importante, Conan se quedó como petrificado al verlo allí.

Pero el otro disipó enseguida su asombro.

—Sabía que no le habían ahorcado en Westwood, amigo —sonrió—. El *sheriff* tuvo el buen gusto de explicarme que usted era la única esperanza de recuperar mi dinero.

—¿Y por eso ha venido a Salt Lake?

—Quería asegurarme de que usted efectuase bien su trabajo, pero veo con sorpresa que no es así.

—¿Qué esperaba usted?

—Que estuviera ya tras la pista de los culpables, pero veo que mis ilusiones eran estúpidas. Jamás recuperaré mi medio millón de dólares si confío en un hombre como usted. Parece que le gusta el clima de Salt Lake y que no piensa moverse de aquí. ¿O puede decirme en qué consiste su plan, si es que tiene alguno?

—No tengo ningún plan.

Y exhaló una bocanada de humo, sin mirar al banquero Ferguson. Éste, que había empezado a hablar de un modo imperioso, hizo de pronto un gesto casi suplicante.

—Compréndalo… Son medio millón de dólares. Si no se recuperan puedo ir a la ruina, a la ruina más absoluta.

—Trataré de recuperarlos —dijo Conan—. No tema.

—Pero ¿qué es lo que está haciendo aquí? ¿Por qué no persigue a los fugitivos? Se dice que es usted el único hombre que los conoce bien, porque en la guerra pelearon juntos. ¿Por qué no se mueve?

—Pronto me moveré, Ferguson —dijo Conan lentamente—. No es usted el único hombre que me ha pedido que actuara enseguida. Pero ahora le ruego que me deje en paz. Tengo que pensar en algo más importante que en su medio millón de dólares.

—¡No hay nada tan importante como eso! ¡En este trabajo usted se juega la vida!

—Lo sé, Ferguson. Pero deje al menos que me la juegue a mí manera.

El banquero hizo un gesto de impaciencia.

—Usted sabrá —dijo secamente.

Y se alejó.

Conan permaneció quieto junto al granero, reflexionando, hasta que se consumió su cigarrillo.

Luego se alejó de allí sin dirigir una última mirada a la puerta tras la que reposaba el cadáver. Allá el *sheriff* cuando lo encontrase. Buen trabajo para él.

Fue hacia un lado en que el porche estaba relativamente oscuro, no dejando adivinar más que las sombras. Y de repente, se detuvo, porque acababa de distinguir las siluetas de un hombre y una mujer.

Al hombre no lo conocía, aunque llevaba parte del tronco vendado, y a la mujer recordaba haberla visto sólo unos instantes en el tren y luego al abrirse lentamente una puerta cuando él estaba con Nora en la terraza del hotel.

Los ojos de Conan tuvieron un parpadeo.

Ella era Iris, la hija de Nora.

Oyó su voz, una extraña y dulce voz que parecía llenar sus pensamientos.

—No tenías que haber cometido esa imprudencia, Jim. ¡Es una locura!

El susurró:

—Necesitaba verte. No podía pasar un instante más sin ti.

—Pero tú estás herido… ¡gravemente herido! Puede ocurrirte algo en cualquier momento, Jim…

—Me ha visto ya el médico. Dice que es milagroso que haya podido recuperarme tanto. Es un hombre que tiene unos métodos muy modernos, ¿sabes? Asegura que después de la operación que sufrí, lo que tengo que hacer es moverme un poco en lugar de estar siempre en cama. Por eso me ha autorizado a que pasease durante media hora, sin cansarme.

—Supongo que te habrá visto el doctor Patterson.

—Sí. Dicen que es el mejor de Utah.

—Lo creo. Pero te estás cansando demasiado.

—Amor mío… ¡Es que necesitaba verte! ¡No puedo vivir sin ti!

—Sé lo que hiciste por defenderme de Larry, Jim, y te lo agradezco con toda el alma. Pero en las cosas del corazón no se manda, Jim. Dame tiempo para reflexionar.

—A ti te ocurre algo…

—¿Qué crees que puede ocurrirme, Jim? Te equivocas.

—¿Tal vez estás enamorada de otro hombre?

—Te juro que no he hablado con nadie más, Jim. Tú y yo no somos novios, pero para que estés tranquilo en ese sentido, te aseguro que no he hablado con ningún hombre más.

Jim suspiró aliviado.

Jess Conan, que había oído todo aquello sin querer, fue a retroceder lentamente, deseando no turbarles. Pero fue en ese momento cuando creyó ver que dos tipos aguardaban en el porche frontero.

Quizá se trataba de dos vaqueros que descansaban al aire fresco de la noche, pero Conan tenía un olfato especial para distinguir a los pistoleros, y aquellos dos tipos no le gustaron. Quizá por eso decidió no retroceder más y permanecer a la expectativa.

En aquel momento, Iris se despedía ya.

—Tienes que regresar al hotel, Jim. Estás cansado, y tu palidez indica que debes sentirte muy débil. Vamos, sé razonable… Mañana podemos volver a vemos.

—Dame un beso, Iris.

—No puedo ahora, Jim. Deja… Tal vez mañana…

—Te lo mego.

Iris se deslizó dulcemente fuera del cerco de los brazos del hombre.

—Adiós, Jim. Sé prudente. Mañana volveremos a vernos.

Se alejó, empezando a cruzar la calle. No había llegado al centro de ésta cuando los dos tipos del porche frontero empezaron a dar señales de vida, tal y como había temido Conan.

Uno por cada lado, se acercaron a la chica.

Cualquiera hubiese creído que ella era su objetivo, pero un hombre experimentado como Conan se dio cuenta de que no iban a por Iris. Lo que se proponían era cazar hábilmente entre dos fuegos a Jim.

Lo malo era que éste, contemplando a la chica, ni siquiera se había dado cuenta de nada.

Además de no llevar armas, estaba perdiendo un tiempo precioso y ya no podía huir.

Los dos individuos se situaron apenas a unos doce pasos, inmovilizándose con los pies clavados en el polvo. Ahora los alumbraba claramente la luz de la luna, y eran bien visibles las culatas de sus «Colt», sobresaliendo de unas fundas atadas con correíllas a los muslos.

Iris advirtió que algo se preparaba. Bruscamente, con el corazón encogido, se detuvo llevándose una mano a la boca para no gritar. El pistolero de la izquierda fue el primero en levantar su revólver.

—¡Defiéndete, imbécil! —gritó.

La maniobra era de lo más miserable. Amparándose en la oscuridad reinante en la calle, dirían luego que no se habían dado cuenta de que el joven estaba herido y además no llevaba armas.

Conan, silencioso y veloz como un gamo, se situó junto al joven, sacando su «Derringer». Formaba en realidad un solo cuerpo con Jim, pero gracias a sus ropas oscuras sabía que los dos pistoleros no iban a verle.

—Di que disparen si se atreven —susurró al oído de Jim—. ¡Dilo!

Jim vaciló, pero al fin dijo con voz poco clara:

—Disparad si os atrevéis…

Los dos pistoleros apretaron sus gatillos a un mismo tiempo.

Pero las balas no alcanzaron su destino, porque cuando los dos hombres cerraron sus índices, esos índices pertenecían ya a unos muertos. Conan había disparado con su «Derringer» a una velocidad de pesadilla, clavando a cada uno una bala en mitad de la frente.

Los dos hombres murieron sin darse cuenta, con una horrible mueca de estupor impresa en sus rostros.

Conan susurró de nuevo al oído de Jim:

—Y ahora diga a la chica que los ha matado usted… ¡Ella necesita tener confianza en alguien!

—Pero… si no llevo armas…

Conan le hizo empuñar su «Derringer».

—Diga que lo llevaba escondido. Un revólver de éstos abulta poco. Y ahora… ¡adiós!

Conan se deslizó por el porche como una sombra, silenciosamente.

CAPÍTULO XI

El dueño de la armería estaba montando un pesado rifle «Sharp» cuando Jess Conan entró.

Eran las diez de la mañana, y un alegre sol penetraba a través de la puerta abierta.

El dueño de la armería dejó enseguida su trabajo y miró titubeando al recién venido.

—¿Qué desea, forastero?

—Un «Derringer».

—¿Un qué…?

—Un «Derringer». El más pequeño que tenga.

—¡Hum! Ahora se emplean poco esa clase de revólveres. La gente prefiere los «Colt», sobre todo lo del calibre cuarenta y cinco con cañón extralargo, para peleas a gran distancia. Con un cacharro como el que usted quiere, no puede acertar en un duelo a treinta pasos.

—Todo es cuestión de pulso, amigo.

—¿No es usted el que se cargó a nueve pájaros en el tren? Lo he oído decir por todas partes.

—Fue cuestión de suerte.

—Peleando a corta distancia, como por ejemplo dentro de un vagón, el «Derringer» le irá bien; pero en campo abierto… Aunque ahora recuerdo que anoche un joven, que, además estaba herido, desplumó a dos pistoleros de dos balas en la frente. Y también usaba un «Derringer».

Jess Conan improvisó una sonrisa angelical.

—Es lo que yo le estaba diciendo, amigo. El «Derringer», bien usado, es un arma para cortarle las uñas a un puma a cien pasos.

—Ejem… Quizá tenga razón. Voy a ver qué es lo que tengo por

ahí… Creo que guardo una colección de «Derringer» abajo, en el sótano. Le buscaré el más pequeño.

Apenas Conan había quedado solo en la tienda, al desaparecer el dueño por la puerta trasera, cuando una sombra se recortó en el umbral de la que daba a la calle.

Era una sombra extraña, agazapada y un poco siniestra. Conan la reconoció antes de volverse y verla con claridad.

No se sorprendió en absoluto cuando una mano enguantada se dejó caer en el mostrador, a su lado, con un siniestro sonido metálico.

Garra Simmons le miró desde muy corta distancia. Brillaron sus crueles ojos de verdugo.

—Creí que habría usted aprovechado la oportunidad, Conan.

—¿Qué oportunidad?

—Anoche le dije que marchara cuanto antes en dirección a Logan. Le dije también que si los bandidos escapaban, usted lo pagaría con la vida. Sabe que no fue a la horca a cambio de cumplir esa misión, pero si no la cumple… No me gustará imaginármelo en su tumba, Conan, con la garganta rota. Es desagradable.

—Podría huir, ¿no? —suspiró Conan, con cansancio—. Me pregunto si usted sería capaz de perseguirme a través de todo el Oeste.

—Hemos hablado ya de eso. Usted no es de los que escapan, Conan, pero si lo intentara yo le atraparía igualmente. Jamás se me ha escapado un fulano en cuanto yo le he podido echar el ojo encima. Y si quiere probar otra vez cuál de los dos es más rápido…

Conan susurró:

—No hace falta. Es usted el hombre más veloz que he conocido, pese a contar con una sola mano. Acostumbro a ser sincero en esas cosas, y ya reconocí antes que yo no manejo el revólver con tanta rapidez.

—Pues, si reconoce eso, me extraña que no haya salido ya en persecución de los culpables, Conan. Está usted perdiendo la última oportunidad qué le queda de seguir con vida.

—¿Es que ha ocurrido algo especial para que hoy se sienta tan impaciente, Simmons?

—Siempre me he sentido impaciente, porque no quiero que esos hombres escapen. Pero hay algo más. Esta mañana, a primera hora,

ha venido a visitarme el banquero Ferguson.

—¿Y qué?

—Está desesperado.

Conan se pasó un dedo suavemente por una ceja, alisándola.

—Lo vi anoche, —reconoció.

—Y le pidió que, sobre todo, saliera enseguida en persecución de esos hombres, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Qué le contestó usted, Conan?

—No lo recuerdo.

—Pero usted ha seguido tan tranquilamente en Salt Lake City.

—Bueno, eso también es cierto, Simmons.

—Espera al grueso de la banda de Larry, ¿no?

—Tal vez.

—Oiga, Conan, a mí no me la da con queso.

—¿A qué se refiere?

—Toda la ciudad se ha tragado el cuento de que un muchacho herido y que además, nunca ha sido un gran tirador, se cargó a dos pistoleros profesionales a veinte pasos y nada menos que con un «Derringer». Pero yo no me como ese tarugo, Conan. Todo sucedió alrededor del saloon donde nos encontramos. Usted estaba por allí y disparó en lugar del muchacho, enviando al infierno a dos de los hombres de Larry. Ignoro por qué quiso dejar la gloria al otro, pero me juego mi querida mano izquierda a que fue así.

Conan miró con un parpadeo la horrible mano enguantada a la que Simmons llamaba tan cariñosamente «mano izquierda».

—Tal vez —susurró.

—Pues recuerde bien esto, Conan. Antes de matar a un hombre me gusta advertirle. Pero es la última vez que lo hago. No desaproveche esta oportunidad. Hágase a la idea de que me está viendo ya al borde de su propia tumba.

—Gracias por sus cariñosas palabras, Simmons.

—Son las últimas. Y ahora, adiós.

—Una cosa, Simmons.

—¿Qué hay? ¿Va a decirme qué clase de flores desea para la corona?

—Quiero preguntarle si encontraron a un hombre hecho papilla en un granero abandonado cerca del lugar donde murieron los dos

pistoleros de Larry.

Garra Simmons no se inmutó. Ni un solo músculo se movió en su rostro de piedra.

—No lo sé —dijo—. Eso es cosa del *sheriff*.

Y volvió la espalda, saliendo a la calle. Su sombra siniestra se proyectó otra vez en el umbral, recortada por el sol.

Conan tragó saliva, y se dio cuenta de que aquella saliva tenía un sabor amargo.

En aquel momento regresaba el armero.

—Tengo un «Derringer» para usted, amigo. Una buena pieza. Perteneció a un tahúr de gran fama en todo Utah, y yo lo arreglé hace seis meses. Funciona maravillosamente, y su cañón es especial. ¿Quiere probarlo?

—Bien. Pero no lo cargue.

Conan revisó el mecanismo con un cuidado exquisito, comprobándolo pieza por pieza y demostrando sin palabras al armero que era tan entendido como él. Luego disparó un par de veces sin bala, quedando satisfecho de la velocidad del percutor y el giro del cilindro.

—Me lo quedo. ¿Qué precio tiene?

—Cincuenta dólares.

Conan pagó.

Al salir se preguntó si volvería a repetirse la situación de la otra noche. Y si tendría que dar también el nuevo revólver a aquel joven para que demostrase ante todos que era un
gun-man
temible.

Conan recordó con nostalgia a la muchacha por la que había hecho todo aquello. Una muchacha tan bonita, tan pura y tan hermosa como nunca había encontrado en su vida. Pero estaba tan lejana para él como lo estaban las estrellas del firmamento.

No sólo era por su juventud, porque les separasen dieciséis años. Era también por tratarse de la hija de Nora, la mujer que un día, cuando ambos eran unos chiquillos, le juró amor eterno.

No. Una mujer como Iris debía pertenecer al joven a quien él ayudó la otra noche. Así estaba bien. Por muy bonita, por muy maravillosa que fuese, no debía volver a pensar en ella. Iris pertenecía a otro mundo.

Si este «Derringer» también tuviese que perderlo para ayudar a aquel joven, lo haría otra vez.

Incluso debería estar muy alerta, porque los hombres de Larry intentarían sin duda detener el golpe.

Estaba pensando en esto, ensimismado, cuando cruzó la calle. Ni siquiera se dio cuenta de que un pequeño coche, tirado por un caballo, se detuvo junto a él.

Una voz femenina invitó desde el pescante:

—¿Sube?

Conan alzó la mirada y parpadeó varias veces, no creyendo que fuese realidad lo que estaba viendo.

Porque la muchacha que estaba en el pescante, invitándole a subir, era la propia Iris.

—No soy hombre para usted, señorita —dijo sin atreverse a mirarla—. Siga su camino.

Ella sonrió.

Tenía una sonrisa extraña, obsesionante, que una vez vista ya no se olvidaba nunca.

—Suba —dijo—. Ya sé que no es un hombre para mí, pero necesito hablarle. Hemos de charlar acerca de un revólver que perdió la otra noche…

CAPÍTULO XII

Jess Conan miró a la muchacha desde abajo, desde el polvo de la calle. Tuvo la sensación de estar contemplando una estrella lejana e inaccesible, a la que él no llegaría nunca. Tal vez por eso dijo:

—Usted y yo no tenemos nada que hablar, muchacha.

—¿Es que me tiene miedo?

Viniendo de cualquier otra mujer, Conan habría aceptado aquel desafío, pero ante Iris no le avergonzó decir:

—Sí. Tengo miedo.

—¡Qué lástima! Son varios los que se han dado cuenta de que yo le invito a subir, y se darán cuenta también de que me hace un desplante. ¿Qué clase de caballero es usted?

—No soy un caballero, sino un granuja, pero me fastidia ofender a las mujeres. Si es sólo por eso, subiré.

Conan se acomodó en el pescante, junto a la muchacha, y ella condujo expertamente hacia la salida de la población. A pesar de que los alrededores eran secos y áridos, supo orientar el carruaje hacia un bosquecillo que había en la ladera de la montaña y que parecía impropio de aquella zona desolada de Utah.

Cuando estuvieron fuera de la población, Conan, que había guardado hasta entonces un pertinaz silencio, susurró:

—Bueno, ahora ya nadie nos ve. Yo puedo bajar y usted habrá salvado su orgullo de mujer. Quédese tranquila.

—Precisamente porque ahora nadie nos ve ni nos oye quiero hablar con usted, Conan.

—¿Sobre qué?

—¿Por qué ayudó usted a Jim?

—Yo no ayudé a nadie, muchacha.

—Jim no hizo aquellos disparos.

—¿Y por qué no había de hacerlos?

—Le conozco desde hace tiempo. Es un muchacho de buena familia, que siempre ha tenido armas de excelente calidad, pero nunca acertaría dos disparos como aquéllos, y menos estando herido.

—Eso lo dice usted porque no comprende de lo que es capaz un hombre cuando lucha por una mujer.

—¿Quiere decir que Jim hizo por causa mía esa especie de milagro? ¿Cree que sólo por mí se portó con tanta valentía?

—Claro que sí, muchacha.

—Jim me quiere y es valiente, pero…

—Y usted le quiere también, muchacha. Han nacido el uno para el otro. Puesto que él está vivo y recobrará la salud, ¿por qué no se casan enseguida?

—Quizá por una razón de peso, Conan. Yo no le amo.

Conan tuvo que hacer un esfuerzo para decir, con expresión casi despectiva:

—Tonterías… No sé qué quiere. Jim es un excelente muchacho. Representa para usted lo mejor que puede encontrar en esta vida. Yo, en su lugar, no jugaría con el destino, muchacha.

—Me dan asco las personas que sienten con el cerebro y no con el corazón.

—Eso lo dice porque es usted una criatura, pero algún día comprenderá que tengo razón.

—¡No soy ninguna criatura! ¡Voy a cumplir veinte años! ¡Las mujeres que viven en el Oeste ya están a mí edad cansadas de ser madres!

—Por eso mismo le aconsejo que se case cuanto antes con Jim.

—¡Pero no le amo!

Conan tuvo que hacer otro violento esfuerzo para improvisar un gesto de fastidio.

—¿Para eso me ha llamado?

—Para eso y para preguntarle dos cosas. Sobre la primera de ellas estábamos hablando ya. Era acerca de un revólver.

—Creo que está todo aclarado, ¿no?

—No. Jim nunca tuvo un «Derringer».

—Lo tenía anoche, sin embargo, y usted no lo vio porque es una clase de revólver que se oculta fácilmente.

—Yo creo que el «Derringer» que él tenía en las manos se lo puso usted después de disparar.

Conan extrajo el revólver que acababa de comprar y lo volteó suavemente entre sus dedos.

—Se equivoca. Se está equivocando desde que hemos empezado a hablar, muchacha. ¿No ve? Éste es mi revólver.

Lo había sacado tan de pronto que notó la sorpresa reflejada en los ojos de Iris.

—¿Se da cuenta? Siempre he llevado la misma arma. En el tren ya usé ésta.

—A un hombre como usted nunca se le puede terminar de creer, Conan.

—No me crea si no le apetece. Pero le estoy demostrando que fue Jim el que disparó.

—Está bien, dejemos eso. Pero hay otra pregunta que yo quería hacerle.

—Hágala.

Conan dijo aquello con tranquilidad, pero la verdad era que no esperaba el disparo que la muchacha le soltó enseguida.

—¿Qué hubo entre usted y mi madre?

Conan se volvió, parpadeando sorprendido. Y fue entonces cuando vio en los ojos de Iris algo que nunca había visto. Porque la muchacha era ahora una fiera celosa, una fiera herida y palpitante. Porque en sus ojos latían el rencor y el despecho. Porque le dolía en el fondo de sus entrañas que la vida de Jess Conan no fuera enteramente suya.

Conan retiró la mirada lentamente.

Por primera vez en su vida se sentía desbordado por una mujer. Por primera vez en su vida el corazón le hacía un horrible daño.

—Entre su madre y yo no hubo nunca nada, muchacha —susurró.

Comprendía que lo mejor que podía haber hecho era decir: «Estuve enamorado de su madre y lo estoy aún», para desengañar a Iris. Pero aparte de no ser esto verdad, hubiera puesto así un valladar entre madre e hija. Y, por otra parte, quizá aquellas palabras podían interpretarse de otro y modo y proyectar una sombra de sospecha sobre el pasado de Nora. A causa de todo ello, repitió:

—Entre su madre y yo nunca hubo nada.

—Pero se conocieron…

—Desde niños. Sí, nos conocimos desde niños… Fuimos unos compañeros maravillosos en las largas tardes del estío, cuando todo en la vida parecía hermoso. Dios santo… ¡todo aquello parece tan lejano! Pero sí… Nora y yo fuimos los mejores amigos del mundo.

—¿No se amaron?

—En todo caso fue un amor puro y limpio, que no llegó a cristalizar en nada porque yo siempre fui un vagabundo, amante de las aventuras. Hacía muchos años que no nos veíamos, Iris… hasta que nos tropezamos en aquel tren.

—Y… ¿no hubo otras mujeres?

Conan, a pesar de no mirarla, notaba palpitar la ansiedad en los ojos de la muchacha.

—¡Ha habido docenas de mujeres! —aulló de improviso—. ¡Montañas de mujeres hermosas que me han ofrecido todo lo que tenían! ¡Porque yo toda la vida he sido un vicioso! ¡Y ahora, lárgate!

Notó una sacudida brutal en los párpados de la muchacha. Sus manos se crisparon sobre las riendas.

—No es cierto… —susurró ella desesperadamente—. Se nota en su mirada que no es así.

—¿Que no? Acabo de cumplir treinta y cinco años y desde los diecisiete he rodado por el mundo, aceptando la ayuda de las mujeres y obteniendo de ellas todo lo que podía. ¡Si yo tuviera un poco de dignidad, ante muchas mujeres se me caería la cara de vergüenza! ¡No he hecho más que engañarlas desde que tengo uso de razón!

En contra de lo que creía, la muchacha le sostuvo la mirada a pesar de que había lágrimas en sus ojos.

—Entonces —susurró—, ¿por qué no me engaña a mí? ¿No se da cuenta de que le sería muy fácil?

Conan tragó saliva lentamente, sintiendo un nudo en la garganta. La muchacha era endiabladamente astuta. No se le podía dar esquinazo así como sí, con cuatro mentiras.

Al mismo tiempo le dolía el corazón con un dolor intenso y sordo, como nunca le había dolido. La revelación había sido demasiado brutal, demasiado repentina. Notar palpitando junto a él

el amor de una mujer así le producía esa especie de éxtasis que se siente a veces, durante unos segundos, en medio de un atroz suplicio. Comprendía que si hablaba una palabra más quizá diría algo que les uniría para siempre a los dos. ¡Y eso no podía decirlo! ¡No podía!

—Lárgate —gruñó sordamente—. ¡Lárgate de una maldita vez!

—Está bien. Le llevaré a la población.

Conan saltó ágilmente del pescante al suelo.

—No hace falta que me lleves a ninguna parte. Vuelve tú sola.

—Está bien.

La muchacha tenía los labios apretados y evitaba mirarle, pero en el borde de sus hermosos ojos se notaba un brillo delator de lágrimas.

Hizo girar el carruaje y se alejó lentamente. Pero a unas cien yardas de distancia aún volvió la cabeza un par de veces para mirar a Jess Conan.

Éste parecía indiferente, quieto en mitad de la llanura. Parecía como si no la mirase siquiera.

Porque Iris no podía ver que el hombre se había clavado las uñas con tanta fuerza que tenía llenas de sangre las palmas de las manos.

Conan se estuvo quieto allí, con las facciones tensas, hasta que el carruaje se perdió por la polvorienta llanura en dirección a Salt Lake City.

CAPÍTULO XIII

Al llegar a su hotel, Conan vio que el dueño le salía a su encuentro.

—Ha venido un caballero preguntando por usted —dijo—. Un caballero acompañado por otros tres que ya no lo parecían tanto.

—¿Qué querían?

—Sólo verle. Pero, si me permite decirlo, tenían unas caras muy especiales los tres.

—¿Cómo se llamaba el caballero?

—Dijo su nombre: Larry.

Conan sonrió.

—Está bien; ahora el desafío ya ha sido planteado. Supongo que esos caballeros harán lo posible por encontrarme pronto.

—Dijeron que sí, que ya se verían.

Jess Conan no pareció preocuparse excesivamente por ello. Demasiado sabía que si Larry era un mal enemigo, Garra Simmons lo era mucho peor. Sólo era cuestión de elegir quién de los dos le mataría.

Pero antes tenía que evitar que Larry y sus hombres hicieran algún daño a Nora, Iris o Jim. Y lo evitaría aunque perdiese en ello la última gota de su sangre.

—¡Ejem! —dijo el dueño del hotel—. Si tiene algún lío, lo mejor será que pague por adelantado, ¿no? Luego no se puede ir a cobrar al cementerio.

—Tome. Ahí van treinta dólares. Si algo sobra quédeselo.

El hotelero aferró las monedas y cambió de expresión enseguida.

—Es usted todo un señor… ¡Hum! Eso se nota con sólo verle a uno la cara. ¿No quiere leer los periódicos? Acaban de llegar.

—Está bien. Así miraré las tarifas para ver cuánto cuesta una esquela mortuoria.

El hotelero desató un paquete que le acababa de dejar la diligencia. Pero una mueca de ira se dibujó enseguida en su semblante.

—¡Si serán imbéciles! ¡Se han equivocado de paquete! ¡En lugar de traer los periódicos de San Luis, que son los más divertidos, han traído el Boletín Oficial de la Bolsa de Nueva York! ¿Y para qué quiero yo esos papeluchos? ¡No hay quien se los trague!

—Es igual. Démelos y les echaré un vistazo. —Conan necesitaba algo con que embotar su mente, y aquello podía ser tan bueno como cualquier otra cosa.

Se hizo servir una botella de *whisky* —la mitad de la cual despachó de un par de tragos, para ver si así se embotaba antes— y empezó a leer las aburridísimas listas de cotizaciones de acciones y valores en la activa Bolsa de Nueva York.

El *whisky* no le hizo ningún efecto, a pesar de que casi liquidó la botella entera. Las bebidas tienen eso: cuando uno quiere emborracharse de verdad no se emborracha ni a tiros. Las larguísimas listas de cotizaciones le produjeron un sopor infinito.

E iba a arrojar ya los papeles aquellos por la ventana cuando de pronto se fijó en unas determinadas cotizaciones.

Era extraño.

¿O quizá no lo era?

Determinadas acciones habían bajado mucho en un solo día, poniéndose inmediatamente a la venta a precio ruinoso. No obstante ello, al cierre de la sesión de Bolsa parecían haber encontrado comprador.

Una línea vertical de preocupación se marcó poco a poco entre los ojos de Conan.

Salió del hotel y fue a la oficina de Telégrafos, atravesando de un lado a otro la ciudad, aparentemente tranquila.

Dijo al empleado:

—Quiero poner un telegrama.

—¿Adonde?

—A la delegación en Nueva York de la agencia de detectives Pinkerton. Al mismo tiempo impondré un giro telegráfico de cien dólares, para pagar los servicios que solicito.

—De acuerdo.

Conan redactó el telegrama, y el funcionario lo examinó con mal

disimulado interés.

—Oiga, quizá sea meterme en lo que no me importa. Pero ¿para qué cuerno le interesa a usted saber quién compró unas acciones en la Bolsa de Nueva York? Que me aspen si no tiene usted pinta de pistolero. ¿Y va a gastarse cien dólares, más los gastos, en saber eso?

—Curiosidad que tiene uno.

—Bueno, allá usted.

—Ponga usted en los gastos la respuesta pagada. Vendré a recogerla esta noche.

—Hay tipos raros… ¡Gastarse más de cien dólares en una cosa así, cuando no le costaría ni la mitad invitar a una chica en un saloon!

El funcionario cursó el telegrama y se quedó mirando a Conan mientras se alejaba como si viese a un demente.

Conan comió cualquier cosa en el hotel y fue enseguida a ver a Jim.

Jim estaba sentado en una butaca, en el salón de la casa que su padre había alquilado para él. Miró a Conan con una mezcla de extrañeza y temor.

—¿A qué ha venido?

—Quería interesarme por su salud, muchacho.

—Estoy mejor. El médico dice que reacciono estupendamente, y hoy me autorizará a pasear una hora.

—Mejor será que no salga.

—¿Por qué?

—Larry ha llegado a la ciudad. Con él vienen por lo menos tres hombres, y supongo que los tres son pistoleros profesionales.

Notó que Jim se estremecía.

—No salga —susurró Conan—, hasta que no haya terminado con los cuatro.

A Jim le temblaban los labios.

—Yo… ¿cómo podría pagarle lo que está haciendo?

—Sólo de una forma.

—Dígame. Le daré el dinero que pida.

Jess Conan sonrió tristemente.

—No se trata de dinero, muchacho. Ya sé que es usted rico. Quiero que me haga el favor de pedirle a Iris que se case

inmediatamente con usted. No la deje reflexionar. Cásense enseguida.

—Pero…

Ahora no sólo temblaban los labios de Jim, sino todo él.

—Pero ¿qué?

—Estar junto a esa mujer significa la muerte. ¡Y yo ahora tengo miedo a empuñar un revólver! ¡Tengo miedo!

—No necesitará empuñar ningún revólver, Jim. Yo me encargaré de eso. Pero convenza a Iris para que se case enseguida con usted. Ella lo necesita.

—Óigame… ¿Por qué hace usted esto? ¿Qué impulso le mueve?

—Quizá el impulso de hacer por primera vez algo bueno en mi vida, muchacho. Y, ahora, adiós.

Salió de la casa.

No había hecho más que poner los pies en la calle cuando un muchacho de unos doce años se acercó a él.

—Usted se llama Conan, ¿no?

—Sí, pequeño. ¿Qué hay?

—¡Oiga! ¡No soy tan pequeño…!

—Perdona. Caramba… Ahora que me fijo, tienes planta de gun-man.

¿Qué te trae por aquí?

—Un tipo alto, moreno, que tiene un mechón de cabellos blancos, me ha dado esto para usted.

—¿Un tipo que tiene un mechón de cabellos blancos?

—Sí.

Alto, delgado, moreno y con aquel detalle… Un nombre acudió enseguida a la memoria de Conan: Taylor.

No se sorprendió al desdoblar el mensaje y ver que era, efectivamente, Taylor el que lo firmaba. Además conocía la letra desde la época en que ellos lucharon juntos, durante la guerra civil.

«Ven inmediatamente al hotel Midway. Está a cinco minutos de ahí, al final de la calle. Necesito hablarte urgentemente. Si quieres que nadie te vea, puedes entrar por una puertecilla que hay en la parte posterior del hotel. Es muy disimulada. Yo ocupo la habitación

dieciocho, en el primer piso».

Conan guardó el mensaje, con un gesto de preocupación impreso en sus facciones, y dio un dólar al muchacho.

—Toma, campeón.

Fue inmediatamente al hotel Midway, cuyo emplazamiento conocía, y se encaminó a la puertecilla trasera, entrando por ella sigilosamente.

Comenzaban allí unas escaleritas de madera que llevaban directamente al primer piso. Conan subió por ellas rápida y ágilmente, sin hacer el menor ruido.

Abrió la puerta de la habitación indicada, llevando la mano sobre la culata de su «Derringer».

Pero allí no había nadie. El más absoluto orden y el más completo silencio reinaban en la habitación, la cual tenía una ventana a poca altura sobre los establos del hotel.

Conan sintió que se le tensaban las mandíbulas y se le erizaban los cabellos de la nuca.

De un solo golpe, ahogando una maldición, abrió la puerta del armario que estaba frente a la cama.

Y vio al hombre alto, al hombre moreno que tenía un mechón de cabellos blancos.

Pero estaba muerto.

Lo habían encerrado allí, bañándolo en su propia sangre, después de destrozarle la garganta con una garra.

CAPÍTULO XIV

Jess Conan, como había hecho en el granero abandonado, sintió el impulso de mirar a su alrededor. Pero la habitación era pequeña y no podía ocultarse nadie allí, a no ser debajo de la cama. La hizo volcar de un puntapié.

Nadie.

Fue entonces cuando Conan se dio cuenta del peligro en que se hallaba. Nadie le había visto entrar allí, y si le encontraban con el muerto cualquiera podría pensar fundadamente que él era el asesino. De modo que se dispuso a actuar.

Miró por la ventana, que era sin duda el lugar por donde había escapado el asesino.

La ventana daba al techo de las cuadras del hotel, y desde allí era fácil saltar a una calle secundaria y tranquila, por donde no pasaba nadie en aquellos momentos. De modo que Conan dirigió una última mirada al cadáver, se cercioró de que nada podía hacer allí y saltó al vacío.

Como era muy ágil, casi no hizo ruido. Segundos más tarde tenía ambos pies en la calle.

Iba ya a dar la vuelta a la fachada del hotel cuando se encontró con Garra Simmons.

Garra Simmons estaba en la esquina de un porche, quieto como una estatua, con la «mano» izquierda apoyada en una de las columnas. Su rostro se había vuelto de color ceniza y era más espantoso y lívido que nunca. Las uñas de metal casi travesaban el guante y se clavaban en la columna del porche.

Jess Conan sintió un estremecimiento.

Sus labios dibujaron una sonrisa extraña, una sonrisa indefinida que no hubiera podido decirse si era un saludo o una mueca mortal.

—¿Aún no se ha ido? —musitó Garra Simmons.

—Aún no.

—Tiene una diligencia que parte dentro de media hora. Aprovéchela. Puede ir a Logan o puede ir al cementerio. Elija.

—Tiene usted un tremendo interés en que me vaya, Simmons.

Los ojos del siniestro personaje se hicieron un poco más pequeños y crueles.

—Nunca he dejado una misión por cumplir —silabeó—. Hubo un tiempo, en que tuve a mí cargo nada menos que a veinte federales trabajando en todo el territorio de Estados Unidos, y no les perdoné un fallo ni me perdoné a mí mismo. Desde que ocurrió lo de la mano… Bueno, desde entonces sólo se me encargan misiones especiales. Y ahora tengo la de obligarle a perseguir a esos granujas, Conan… o matarle si no lo hace. Le aseguro que sé matar.

—Eso lo doy por descontado, Simmons.

—Lo dice usted con una entonación muy extraña…

Los ojos de los dos hombres brillaban como los de dos gatos al acecho.

—¿De veras le parece extraña mi expresión, Garra Simmons?

—Me molesta que me llamen Garra.

—Perdóneme, Garra. Nos volveremos a ver.

—Claro que nos volveremos a ver… amigo.

Conan pasó por su lado. Dirigió, al pasar, una mirada a aquella «cosa» enguantada que estaba apoyada en la columna del porche.

—¿Cómo hace usted para lavarse su mano izquierda, Simmons?

Se oyeron casi rechinar los dientes del interrogado.

—¿Le importa?

—Es simple curiosidad.

—Pues bien, le contestaré. Voy a limpiármela con su sangre, Conan. Tiene usted de tiempo hasta esta noche. Ni un minuto más.

—La noche es muy larga, Garra.

—Termina a las doce.

—Entonces las doce será para mí «la hora de morir», ¿no?

Sonó una risita escalofriante en la boca de Simmons.

—No se preocupe. Yo le velaré. Haremos un gran efecto los dos. Usted en una mesa, rígido, con la boca tiesa, y yo cerrándole los ojos con… con mi mano izquierda. Piénselo.

Conan sintió que, contra su voluntad, algo subía y bajaba en su

garganta, pero terminó pasando junto a Simmons con expresión de la más absoluta indiferencia.

En la calle principal encontró al banquero Ferguson. Éste hizo un gesto de desolación al verle.

—Pero ¿todavía está aquí?

—Todavía, Ferguson.

—¿Y qué va a ser de mi dinero? ¡Se trata de medio millón de dólares!

—Bueno, no se preocupe… No los va a perder usted todos. El Banco no es enteramente suyo.

—¿Y qué? —Ferguson estaba a punto de llevarse las manos a la cabeza—. ¿Qué importa si era enteramente mío o no lo era? ¡Yo respondo de ese dinero porque soy el gerente del Banco! ¡Y si hubiera una denuncia por parte de la junta general de accionistas, incluso iría a la cárcel!

El rostro de Conan era tan enigmático e impasible como el de una esfinge.

—No llegarán a tanto, Ferguson. No tema.

—Me admira su tranquilidad. ¡Cómo se ve que usted no ha perdido medio millón de dólares!

—Me pasa algo peor. Tengo que encontrarlos.

—Pues no parece que eso le importe mucho… Primero tiene que encontrar a los que los robaron.

—Ya he encontrado a dos.

Los ojos de Ferguson se iluminaron.

—¿De veras…?

—Pero estaban muertos.

—¿Qué dice? ¿Se ha vuelto loco?

—No estoy loco, Ferguson. Supongo que sé distinguir un muerto de un vivo, ¿no? Sobre todo si el difunto tiene la garganta destrozada.

—¿La garganta destrozada? Es… horrible. Pero ¿está seguro? ¿Cómo sabe que se trata de esos tipos?

—Porque yo soy casi el único hombre en este estado que los conoce. Y se trataba de ellos, no hay duda. Yanko y Taylor se llamaban. Dos granujas, ésa es la verdad, pero no merecían una muerte así. Ahora sólo quedan otros dos.

—¡Encuéntrelos! ¡Encuéntrelos de una maldita vez y arránqueles

el medio millón! Personalmente, ellos no me importan. ¡Pero necesito el dinero!

—Tengo el máximo interés en encontrarlos, Ferguson. Sobre todo al más joven del grupo, a un tal Bentham, que sólo tiene veintidós años. Fue a la guerra siendo un chiquillo y eso le destrozó. No sabe lo que se hace. Quiero encontrar sobre todo a ese muchacho para que no muera, porque es un irresponsable y merece el perdón.

—¡Eso a mí no me importa! Yo quiero el dinero. ¡El dinero!

—Si encuentro muerto también a ese pobre muchacho, no sé lo que ocurrirá, Ferguson.

—¡Encuéntrelo como quiera, pero de con él y con su amigo! ¡Y basta ya de charla! ¡Termine este asunto de una vez!

—El asunto terminará exactamente a las doce de esta noche, Ferguson. Ni un minuto más.

Fue a pasar por su lado también, pero en aquel momento el banquero hizo un gesto de duda.

—Oiga. ¿Usted ha dicho que esos dos hombres… habían muerto con el cuello desgarrado?

—Sí.

—No hace falta entonces ser muy listo para comprender que los han matado con una garra.

—Sí.

La expresión de Conan seguía siendo tan lejana e indiferente como la de una esfinge.

—Creo recordar… —a Ferguson le costaban un gran esfuerzo aquellas palabras—. ¿No hay en esta ciudad un tipo que tiene una garra de metal en lugar de mano izquierda?

—Así es. Y por eso precisamente le llaman como le llaman. Se le conoce por Garra Simmons.

—Entonces… Bueno, yo no sé si ese hombre es peligroso o no. Quiero decir… ¿Ha pensado usted en él?

Conan apenas movió los labios para contestar:

—¿Usted qué cree?

Y pasó por su lado sin una palabra más y sin dirigir al banquero una sola mirada.

Ferguson se quedó un momento con la boca abierta, mirando la espalda del que se alejaba, como si fuera a decir algo. Por fin se

encogió de hombros y se fue a su hotel, el mejor de la ciudad, dispuesto a esperar la hora que había mencionado Conan: las doce de aquella noche.

Conan, por su parte, avanzó a lo largo de la calle Principal de Salt Lake City, mirando a ambos lados. Sabía que era observado, sabía que tal vez Bentham y su compañero Creek le estarían mirando en este momento. Pero llegó a la casa de postas sin tropezarse con nadie que le llamara la atención.

Allí examinó las listas de pasajeros llegados en las últimas diligencias, dio una propina al encargado y salió.

Fue entonces cuando escuchó aquellos disparos.

Llegaban del centro de la calle Principal y hacían estremecer todos los cristales de la calle.

Algunas personas corrieron a guarecerse. Conan vio a un tipo que llegaba a galope desde el lugar de donde procedían los disparos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Conan, deteniéndole.

El otro se encogió de hombros.

—¡Y yo qué sé! Una reyerta entre granujas, supongo. Cuatro pistoleros están asaltando una casa y gritando que quieren matar a un tipo llamado Jim…

CAPÍTULO XV

Conan no tardó ni cuatro minutos en llegar a la casa alquilada donde ahora vivía Jim. Pero cuando él llegó los disparos habían cesado.

Un espeso olor a pólvora flotaba sobre la calle.

Conan miró perplejo a su alrededor. Los cristales de las ventanas de la casa se hallaban astillados, pero no se veían huellas de los atacantes por ninguna parte. Era increíble, a menos que…

No. Los temores de Conan eran infundados. Jim no estaba muerto.

Conan pudo comprobarlo al saltar por una de las ventanas, revólver en mano.

El joven estaba acurrucado en un rincón de la sala, y muy cerca de él, mirando hacia las ventanas con gesto desafiante, se encontraba Nora.

A Conan le sorprendió encontrar a Jim vivo después del asalto de los hombres de Larry, pero mucho más le sorprendió ver allí a Nora.

—¿Qué ha sucedido? —musitó.

Los labios de Jim temblaban.

—Era Larry con tres hombres más… Yo estaba junto a la ventana cuando han empezado a disparar… He tenido el tiempo justo para lanzarme a tierra…

—Pero le han dejado con vida. Me extraña que no hayan insistido en el ataque. ¿Es que se ha acercado el *sheriff* por aquí?

—¿El *sheriff*? —preguntó Nora, despectivamente—. ¡Ése no se comprometerá viniendo, hasta que estemos todos muertos! El padre de Jim ha hecho unos disparos de rifle y los ha puesto en fuga. Eso es todo.

—Y tú, ¿qué haces aquí? —preguntó Conan—. Perdona que te haga esta pregunta, aunque no tengo derecho.

—Había venido a despedirme de Jim. Nos vamos.

—¿Adonde?

—No sé… A cualquier sitio. Tendremos que recorrer todo el Oeste, ya lo sé, huyendo de Larry. Pero no hay otro remedio.

—Larry no os perseguirá más —dijo sombríamente Conan—. Por eso me he quedado aquí.

Los labios de la mujer temblaron ahora tanto como los de Jim.

—Jess… He oído decir que si sigues aquí a las doce de la noche, alguien te matará. ¿Por qué te sacrificas por nosotros? ¿Por qué?

—No es ningún sacrificio —masculló Conan.

—Tu vida es lo único que tienes, Jess.

—Mi vida vale menos que la vuestra.

Nora iba a responder algo, pero en aquel momento oyeron un disparo y un grito.

El disparo era de revólver, y el grito de dolor. Un grito demasiado vivo para un hombre que muere, pensó Conan. Sin duda los pistoleros de Larry habían herido por sorpresa al padre de Jim, asegurándose así la impunidad para el nuevo ataque. Había sido muy ingenuo al suponer que se retirarían con sólo unos disparos de rifle.

Inmediatamente, la tempestad se desencadenó dentro de la pequeña habitación.

Conan tuvo el tiempo justo para arrojar a Nora al suelo y para cubrir a Jim con su cuerpo, mientras movía su mortífero «Derringer». Hizo fuego una sola vez, y un tipo que asomaba la cabeza por la ventana saltó hacia atrás con la cara convertida en un surtidor de sangre.

Larry y sus otros dos pistoleros disparaban desde cerca, pues habían elegido buenas posiciones mientras ellos perdían el tiempo hablando. Las balas cribaban materialmente la habitación desde todos los ángulos y en todas direcciones.

Nora era una mujer que había aprendido a vivir en los peores lugares del Oeste, y no iba desprevenida. Con un gestó tan sencillo que pareció natural, se subió la falda, mostrando una maravillosa y torneada pierna, y extrajo el revólver que llevaba sujeto por la liga.

Ninguno de los dos hombres se dio cuenta del gesto, hasta que

Jim sintió el contacto de la culata en sus dedos.

—¡Dispara! —dijo Nora—. Tú tienes mucha mejor puntería que yo. ¡Dales su merecido!

Los dedos de Jim se estremecieron.

—Yo… Es que yo…

—¡Dispara! ¡Vende cara tu vida!

—¡El contacto de un revólver me da horror! ¡No quiero volver a tocar uno jamás! ¡No quiero!

—¡Pero han herido a tu padre! ¡Lo han matado quizá! ¡Tienes que vengarle y has de vender cara tu vida!

—¡No dispararán contra un hombre desarmado!… ¡No lo harán! ¡Dejadme!

Conan susurró:

—Pórtate como un hombre, muchacho… Es en tu propio bien. Si de verdad amas a Iris, tienes que portarte como un hombre.

—¡No puedo! ¡No quiero volver a sufrir lo que he sufrido! ¡No quiero!

—¿Me obligarás a malgastar las balas a mí? —rugió Nora—. ¡Dispara!

—¡No puedo!

Unas extrañas lágrimas de pena y de desprecio aparecieron en los ojos de la hermosa mujer.

Conan disparó otra vez, desde un lado de la ventana, y un hombre armado que atravesaba la calle cayó lanzando aullidos, mientras se llevaba las manos al estómago.

Se hicieron entonces unos segundos de espectral silencio, sólo rotos por los quejidos, cada vez más débiles, del hombre.

—Tienes que jurarme una cosa, Nora —susurró Conan—. Tienes que jurarme que cuando esto termine dirás a Iris que fue Jim quien te salvó. Y que procurarás que él la haga su mujer. ¡Tienes que jurármelo!

—¿Por qué, Jess?

—Porque será un bien para ti… ¡Y porque quiero arrancarle a esa chiquilla las ideas locas que tiene en la cabeza!

Se hicieron más espesas las lágrimas en los ojos de Nora.

—Iris es sincera, como lo fui yo, Jess. Pero ella tiene más suerte en una cosa.

—¿En qué?

—En que ahora has aprendido a querer. Es que estás dando la vida por la mujer que amas y no quieres que ella lo sepa.

—¡Júrame lo que te he pedido!

—¿Qué más da? Te lo juro, Jess Conan…

En aquel momento se oyó la voz de Larry.

—¡Están todos ahí! ¡Vamos a matar los tres pájaros a la vez!

Conan se había distraído unos segundos al mirar a Nora, y Larry estaba en excelente posición. Disparó dos veces. Un proyectil rozó a Conan, y el otro atravesó a Nora.

Ésta cayó hacia atrás sin lanzar un gemido, mientras la mano derecha soltaba el revólver que Jim no había querido empuñar.

Se oyó un rugido.

Cualquiera que no hubiese visto la escena, limitándose sólo a oír los ruidos, hubiera creído fácilmente que un tigre y una hiena jimios habían entrado en la habitación. Porque al rugido siguió una carcajada infrahumana, bestial: la carcajada de un pistolero loco.

Jess Conan saltó por la ventana sin importarle el peligro, sin querer darse cuenta de que había dos hombres apostados allí. Se revolvió sobre las tablas como un gato rabioso, y las balas picotearon a su alrededor. El hombre vestido de negro que se abalanzó sobre él para acribillarle sobre seguro, lanzó un horrible alarido de angustia. Conan había disparado con una rapidez fulminante, por debajo de su propio codo y un tercer ojo se marcó en la frente del pistolero. Su cabeza se abrió en dos mitades.

Larry lanzó un grito que se mezcló con el de su propio pistolero herido de muerte.

Quiso huir, disparando como un loco hacia atrás, sin apuntar y sin mirar siquiera. Jess Conan apretó los dientes y le inmovilizó con una bala al suelo, entre sus pies.

Larry, lívido de angustia, con la boca entreabierta y los labios temblorosos, se detuvo.

El «Colt» bailaba trágicamente en sus dedos.

Conan estaba a quince pasos.

—Defiéndete, Larry…

—¡No! No tires. Yo…

—Defiéndete, Larry…

—Tengo mucho dinero. Te daré lo que quieras si guardas ese revólver. Te juro que…

—Claro que voy a guardarlo, Larry. Voy a darte esa ventaja antes de repartir las balas por tu cuerpo…

Puso el «Derringer» entre su camisa y su pantalón, a pesar de que Larry tenía el «Colt» en la mano. Gritó:

—¡Por última vez! ¡Defiéndete, Larry!

El granuja levantó su revólver, pero Conan estaba convertido en una fiera rabiosa. El gesto con que sacó el revólver fue una contracción de todo su cuerpo. Envió todas las balas que le quedaban al vientre de Larry, menos una, que le disparó a la cabeza cuando ya le había visto doblar las rodillas. Larry quedó inmóvil, de bruces en el polvo, mientras de sus labios escapaba un grueso hilo de sangre.

Poco a poco, con la sensación de que un martillo clavaba en su cerebro los sones de una marcha de funeral, Conan volvió poco a poco a la casa donde estaban Jim y Nora.

Nora había perdido el sentido. Jim temblaba a su lado como un poseso.

Conan ni quiso mirarle.

—Busque un médico enseguida y diga a Iris lo que ha ocurrido a su madre —susurró—. Asegúrele que es usted quien ha acabado con todos ésos, excepto con Larry. Nadie le desmentirá.

—¿Y por qué no se lo dice usted?

—Porque yo fingiré no haberme ni enterado de lo que ha ocurrido aquí. ¿No lo entiende aún? ¡Yo tengo que apartarme para siempre de la vida de esa muchacha!

Jim seguía temblando.

—¡Lo haré, pero yo me iré luego de aquí! ¡Me iré de aquí enseguida! ¡En esta tierra sólo impera la violencia!

—Quizá por eso es una tierra de hombres —dejó caer Conan, lentamente—. Un hombre como usted fue hasta hace no mucho tiempo, antes de convertirse en un cobarde.

Se llevó la mano derecha a los ojos, como no queriendo ver la escena.

—Pero aún tiene tiempo de hacer feliz a Iris —susurró—. ¡Vamos, busque un médico enseguida! ¡Póngase en movimiento! ¿No se da cuenta de que esa mujer, y quizá su propio padre, se están desangrando?

Jim salió por la ventana. Conan miró con angustia el cuerpo de

Nora, dándose cuenta a primera vista de la gravedad de la herida. Pero él no era médico, no podía curarla. Sintió que un sudor helado iba invadiendo poco a poco sus sienes.

Como un sonámbulo, salió de allí.

Aún tenía que salvar a un muchacho cabeza loca llamado Bentham. A un joven lanzado al delito por falta de reflexión, porque Bentham era un producto de la guerra civil. Aún podía evitar que muriese con la garganta desgarrada. Pero para eso tenía que encontrarlo.

Fue a un saloon. Caminaba tan como un sonámbulo, que tropezó dos veces. Ni siquiera se dio cuenta de que le habían puesto una botella ante los ojos.

—Vamos, beba —dijo el barman—. Tiene cara de muerto.

Conan bebió directamente de la botella. El *whisky* le supo amargo, más amargo que en ningún otro momento de su vida. Se dio cuenta de que le hubiera gustado morir, a no haberse propuesto salvar a Bentham, si aún era posible. Sentía unos angustiosos, terribles y desesperados deseos de morir.

Cuando salió del saloon, la ciudad estaba invadida por las primeras sombras del crepúsculo.

No sabía dónde encontrar a Bentham y a su compañero, los dos únicos que quedaban vivos del grupo que asaltó el Banco Rural. Pero quizá no fuese mala idea empezar por urnas grutas cercanas a la población, que constituían un buen refugio.

Jess Conan se perdió bajo las primeras sombras de la noche.

CAPÍTULO XVI

Había salido ya la luna, y estaba muy alta sobre el horizonte, cuando Conan terminó de revisar todos los posibles refugios naturales situados cerca de la ciudad.

Sólo le faltaba uno, y precisamente a él llevaban las huellas de un caballo.

Conan examinó aquellas huellas, mientras sin saber por qué se le encogía el corazón.

Eran huellas finas, de excelentes herraduras. Y bastante separadas, como las de un caballo que galopase ágilmente, un caballo de precio.

Cuando Jess Conan entró en la gruta, alumbrándose con una antorcha que había improvisado, estaba ya casi seguro de lo que iba a encontrar.

Vio, en efecto, a los dos hombres. Ambos tenían balazos en la espalda, pero además mostraban las gargantas desgarradas. Como esta vez eran dos, el asesino no había podido entretenerse en degollar primero al uno y luego al otro, ya que él sólo tenía una garra y los dos hombres se hubieran defendido. Le había resultado más cómodo cazarlos por sorpresa de dos balazos en la espalda.

Conan miró con pena a Bentham.

El chico debía haber sufrido.

Tenía una mueca de dolor en el rostro, y sus manos estaban crispadas, arañando la tierra de la gruta. Conan no lo había visto desde que era un alegre cometa en las filas de la Caballería del Norte. Un pobre muchacho que luego no se entretuvo en reflexionar. Un producto de la guerra…

El odio fue subiendo en el corazón de Conan como el calor hace subir una columna de mercurio.

No tenía tiempo de enterrarlos porque era ya muy tarde, y él debía presentarse a Garra Simmons antes de las doce de la noche.

Con expresión tensa regresó a la ciudad. Las calles estaban animadas, como si horas antes no se hubiera desarrollado en ellas una tragedia. De los saloons partían risas y musiquillas alegres.

Conan fue directamente a un determinado hotel, el más lujoso de la ciudad.

Sin preguntar al encargado de recepción, subió a una habitación del primer piso, y abrió la puerta sin llamar.

Un hombre que se hallaba preparando las maletas, se volvió de pronto, lanzando un grito. Alcanzó un revólver que estaba sobre la mesita y trató de disparar. Pero Conan ya había hecho fuego.

De un solo disparo le atravesó la cabeza.

—Dije que no me detendría ante nada si veía muerto a Bentham —susurró.

Tomó un maletín que había sobre la cama, y lo cerró tras sacar de él un objeto. Llevándolo en la mano izquierda, guardó el revólver en la derecha y saltó directamente por una de las ventanas.

Cayó sobre el porche y de allí a la calle.

Eran entonces las doce menos ocho minutos.

Y ocho minutos justos fue el tiempo que empleó en llegar a la casa de Garra Simmons.

Cuando él atravesó el umbral, tras hallar la puerta entornada, el reloj del edificio de la Junta de Vecinos estaba dando las campanadas de la medianoche.

Garra Simmons se hallaba sentado tras su mesa, igual como lo viera la primera vez, con el despacho sumido en penumbra. Sólo había una diferencia, una importante diferencia.

Ahora no llevaba el guante izquierdo.

La luz del quinqué se reflejaba siniestramente sobre la garra metálica, sobre los engranajes espantosos unidos a la muñeca, sobre las uñas tan afiladas como punzones.

—Siéntese —invitó Garra, con voz helada.

Conan se sentó, dejando el maletín en el suelo, junto a la silla.

La zarpa izquierda de Simmons avanzó unas pulgadas, lentamente, como una espantosa araña que se moviera sobre la mesa.

—Han sonado las doce —musitó.

—Sí.
—Y usted está todavía en Salt Lake.
—Sí.
—¿Sabe lo que eso significa, Conan?
—Sé lo que me espera, Simmons.
—¿Tiene algún último deseo?
Conan se encogió de hombros.
—¿Qué puede desear un granuja como yo?
—Creí que me iba a pedir que no le tocase con mi garra.
—¿Por qué no, Simmons? Es usted un hombre hábil. Supongo que en la mayoría de los casos no hace sufrir.
Los dientes de Simmons relucían siniestramente en la penumbra.
—Usted siempre ha sido un pistolero, Jess Conan. Al igual que los buenos caballos, merece que lo despachen de una bala en la cabeza.
Y Garra Simmons se movió. Lo hizo con tanta rapidez, con tan fantástica precisión, que el revólver pareció brotar de entre sus dedos como la primera vez. Pero fue entonces cuando lanzó una especie de alarido.
El asombro no le había dejado ni siquiera modular una palabra.
Jess Conan se había puesto en pie, derribando la silla, y su «Derringer» estaba ya en su mano antes de que Garra Simmons lograse empuñar el «Colt».
Simmons abrió la boca como si le faltase el aire.
—Eso… Eso es imposible —masculló.
—Sólo quería saber si de verdad era usted más rápido que yo, Simmons —musitó Conan—. Y ahora, dispare.
Simmons seguía con la boca abierta, incapaz de hablar.
El silencio en la pequeña habitación era tan espantoso que incluso llegó hasta allí, viniendo del jardín de la casa, el canto lejano de un grillo.
—Pero… —logró balbucir, al fin, Garra Simmons.
—¡Máteme de una vez! ¿No se ha dado cuenta de que quiero morir? ¡Dispare de una maldita vez, Simmons!
—Usted me está apuntando…
—No tema, no hay en mi revólver una sola bala. Sólo cargué un proyectil después de matar a Larry, y con él he despachado a un hombre.

Apretó el gatillo para que Simmons se convenciera mejor. Un sonoro «clic» saltó al aire.

—Y ahora dele gusto al dedo, Simmons.

Por la frente de éste se deslizaban gruesas gotas de sudor.

Jamás había desobedecido una orden, jamás… Y la consigna que tenía con respecto a aquel hombre era bien clara: debía matarlo pasadas las doce de la noche… Para Conan había llegado la hora de morir.

Levantó un poco el revólver. Sus facciones estaban tensas.

Se oyó otra vez, en el silencio espectral de la habitación, el canto lejano del grillo.

Garra Simmons movió un poco el índice de la mano derecha.

Y de pronto, dejó caer el revólver. Lo dejó caer con un gesto de rabia.

—¡No puedo matar a un hombre indefenso! —gritó—. ¡No puedo!

—¿Ni aunque ese hombre quiera morir?

—¡Lo que usted quiera no me importa, Conan! ¡Yo sólo sé que no puedo matarle!

Salió de detrás de su mesa y tropezó con el maletín. Éste se abrió, y los ojos de Simmons se dilataron de asombro.

—Pero ¿qué es esto?

—Nada, Garra. Medio millón de dólares.

—No… No lo entiendo ¡Usted no ha matado a los cuatro hombres que los robaron! ¡No los ha capturado tampoco!

—Otro los ha matado por mí.

—¿Qui… quién?

—El banquero Ferguson.

—¿El propio perjudicado? ¿Es que fue él mismo quien recuperó su dinero y dio el castigo a los culpables?

—Ferguson nunca perdió un dólar, Simmons. Ferguson preparó el robo contra su propio Banco, y cuando la noticia se supo en la Bolsa de Nueva York, las acciones bajaron vertiginosamente. Ferguson las hizo comprar entonces, pasando a ser, de simple administrador y gerente, a dueño absoluto. En la oficina de telégrafos de la ciudad tiene que haber ahora un telegrama confirmando esto.

—Pero el Banco estaba muy perjudicado… ¿Cómo pensaba

levantarlo él?

—Pidiendo mi préstamo de medio millón de dólares, que naturalmente haría él mismo por medio de otra persona.

—No lo entiendo. ¡Ese medio millón se lo habían llevado efectivamente!

—Se lo llevaron para entregárselo al propio Ferguson. Éste había quedado en hacer el reparto con los salteadores en Logan y, en efecto, fue allí, pero escapando enseguida a Salt Lake City. He comprobado esto en la lista de viajeros de la casa de postas. Los salteadores le siguieron, como es natural. Ferguson les prometió entonces ir pagándoles sus partes por separado, para no despertar sospechas. Dos de los pistoleros no se tragaron el cuento, y al Saber que estaba en la ciudad intentaron verme para explicarme lo que sabían, creyendo que así su pena sería menor. Pero Ferguson se me adelantó. Pudo matarlos a los cuatro, incluido un pobre jovenzuelo llamado Bentham… Y los mató con esto.

Extrajo de su bolsillo el objeto que antes había sacado del maletín, en la habitación de Ferguson. Era una garra metálica imitando exactamente la que llevaba Simmons.

—Quiso que yo sospechara de usted —dijo lentamente— y que nos matáramos los dos. De este modo hubieran desaparecido del mapa terrestre todos los enemigos que Ferguson tenía.

Dejó caer la garra metálica sobre la mesa y susurró:

—Y ahora adiós, Simmons. Siento que en el último momento haya flaqueado su conciencia de viejo federal. Debió haberme matado.

Dio media vuelta y salió lentamente de la habitación.

Garra Simmons no conseguía hablar. El asombro y la excitación hacía que temblasen incluso las articulaciones de su zarpa izquierda.

—¡Oiga! —gritó al fin.

Pero Conan ya estaba fuera de la casa.

Por la calle Principal de Salt Lake City desfilaba un pequeño cortejo fúnebre. Un carro con un ataúd hecho a toda prisa, porque los entierros eran urgentes en aquella tierra calurosa. Dos hombres con antorchas lo acompañaban. Y detrás, completamente sola, iba una mujer.

Conan sintió como una crispación en la garganta al reconocer a

Iris.

Lentamente, en silencio, con los hombros hundidos, acompañó el féretro. Sentía en estos momentos como si en su corazón se hubiera diluido toda la amargura del mundo. Sentía como si, en efecto, para él hubiera llegado «la hora de morir».

Cuando llegaron al cementerio, él no consintió que nadie preparase la tumba para Nora.

Lo hizo él mismo.

A la luz espectral de las antorchas, en silencio, abrió una fosa. Los ojos de Iris estaban húmedos, pero se hubiera sorprendido, caso de poder ver, que las lágrimas de un hombre como Conan también habían resbalado hasta el fondo de la fosa.

El preparó también la cruz.

Los dos hombres se alejaron cuando todo hubo concluido, dejando las antorchas clavadas en el suelo. Iris y Jess Conan quedaron quietos ante la cruz, con las facciones rígidas, sintiendo los dos lo mismo: que ambos habían muerto y que, sin embargo, ambos estaban empezando a vivir.

—El médico no pudo hacer nada —susurró ella—. Pero mi madre, antes de morir, me dijo lo que habías hecho.

—Tal vez fue una mentira compasiva.

—¿Por qué quieres seguir fingiendo, Conan? Ahora Jim ya se ha ido. Además… ¿crees que yo le quise alguna vez? ¿Crees que me engañaste un solo minuto? El revólver que él llevaba aquella noche tenía tus iniciales, Jess Conan. Las iniciales del único hombre que me ha importado en mi vida.

Y se arrojó llorando en sus brazos.

Jess la recibió en ellos.

Los dos sintieron lo mismo, los dos se daban cuenta de que, después de la hora de la muerte, había llegado la hora de vivir.

Pero no se besaron.

FIN